

Indias, hácia las cuales se encaminaban por el lado opuesto los portugueses.

Y el 14 de Junio avistó la América del Norte y la costa probablemente del Labrador, un año antes de explorar Colón el continente americano por la parte del Sur.

En el verano de 1498, Sebastian Cabot, hijo de Juan y mucho mas célebre que su padre, volvió á navegar por los mismos mares, y descubrió, si ya no era conocida, la isla de Terranova.

Y en 1512, el mismo Sebastian, al servicio todavía de Inglaterra, penetró, se supone, en lo que ahora se llama *estrecho de Hudson*, ya visitado años antes por Cortereal.

*
**

En 1500, siguiendo las huellas de los Cabot, y con el propio objeto de hallar un paso á las Indias por el N. O. mas breve y expedito que por el cabo de Buena Esperanza, el hidalgo portugués Gaspar de Cortereal se dirige hácia la América del Norte y la explora minuciosamente en mas de 700 millas de extensión, examinando el rio de San Lorenzo, la tierra del Labrador hasta el es-

trecho que dió el nombre de *Anian* y lleva hoy el de Hudson.

Regresó á Portugal para anunciar el descubrimiento del paso que parecía abrir una ruta á las Indias; mas en el segundo viaje, una tempestad hizo desaparecer el buque que mandaba.

Miguel de Cortereal, que fué en su busca, le cupo igual suerte, y preparábase su tercer hermano Manuel á seguirla, cuando el rey de Portugal se lo prohibió, frustrando tan generoso pensamiento.

En 1542, Juan Rodriguez Cabrillo y su piloto Ferrelo, costearon las regiones de la Nueva California hasta el *cabo Blanco* ó hacia el grado 43° de latitud. Al descubrir el *cabo Mendozino* no observaron vestigio de estrecho alguno, y Urdaneta pretendió quince años despues haber encontrado un paso para el Norte de América.

Urdaneta, hábil geógrafo y navegante, tuvo la gloria de señalar el derrotero que debía de seguirse para retroceder desde las costas del Asia á las occidentales de Nueva España, elevándose hasta el paralelo de 43° para esquivar los vientos adversos del E. y penetrar en las corrientes favorables del O.

CAPITULO SEGUNDO

SIGUEN LAS TENTATIVAS DE EXPLORACIÓN, YA AFORTUNADAS, YA DESASTROSAS—
RIVALIDADES—FUNDACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE HUDSON

REGRESANDO de los mares é islas del Japón en 1582 el diligente piloto Francisco Gali, con rumbo hácia la Nueva España, se elevó considerablemente en latitud, de conformidad con los consejos de Urdaneta, y vino á tocar en la costa septentrional americana, por el paralelo de 57° 30', donde nadie antes que él había navegado.

Y desde allí, costeano siempre la América, y anotando sus principales cabos y promontorios, descendió hasta la ciudad de Acapulco á los 17° de latitud.

Con algún fundamento se supone que Gali avistó, en la travesía del Japón á la América, el archipiélago que 200 años después descubrió Cook, y denominó islas de *Sandwich*.

Con el mismo propósito que el español Juan Fernandez Ladrillero, en 1574, y el portugués Martín Chack en 1579, mientras buscaba un paso ó vía navegable del Pacífico al Atlántico por el N. de la América, el griego *Apostolos Valerianos*, vulgarmente llamado Juan de Fuca, al servicio de España durante más de cuarenta años, ascendió desde Acapulco hasta los 48° de latitud y canal de su nombre junto á la isla que ahora se llama de *Vancouver* ó de *Quadra*, de donde

regresó al punto de partida en la falsa creencia de haber hecho el anhelado descubrimiento.

* * *

Por explorar de nuevo la costa septentrional americana y encontrar algún puerto de refugio donde pudieran ampararse los galeones que trabajosamente arribaban de Manila, perseguidos casi siempre por los cruceros inglese; ú holandeses, Sebastián Vizcaíno salió también de Acapulco en 1602, señaló, como muy conveniente para el caso, el puerto de Monterey, y escudriñó la costa hasta el *cabo Mendocino*, y su compañero Martín Aguilar, un poco más al N., hasta el *cabo Blanco*.

Tales son respecto á la costa Noroeste de América, algunos de los descubrimientos históricamente demostrados que se verificaron en los siglos XVI y XVII. Teníanse noticias ciertas hasta el *cabo Mendocino*, al paso que se conservaba una vaga idea de las costas de la Nueva Georgia y de la Nueva Cornualia.

Descartando del viaje de Juan de Fuca pormenores del todo fabulosos, parece verosímil que dicho marino recorrió el canal de Georgia, del cual *Vancouver* nos ha dado detalladas noticias.

Llegado al extremo septentrional del canal, creyó ver un nuevo mar, el cual era el Océano Pacífico, al que arribára cruzando un laberinto de islas.

*
**

Doblado el cabo de Buena Esperanza y trazado el camino para la India por Vasco de Gama, y descubierto por Magallanes el paso del Atlántico al Pacífico, portugueses y españoles disfrutaron por

algún tiempo del monopolio del comercio con los mares del Asia por una ú otra vía.

Inglaterra y Holanda, naciones ambas necesitadas para vivir y prosperar de que nada ni nadie se oponga al libre ejercicio y fecundo desenvolvimiento de su actividad y energía sobre el Océano, y enemigos irreconciliables entonces de la pujante monarquía española, no podían conformarse con semejante estado de cosas; y por Oriente y Occidente, por



NORDENSKIOLD

los derroteros señalados por aquellos dos inmortales navegantes, procuraron con tenacidad y buena suerte disputar á los heroicos y afortunados hijos de la península Ibérica, la posesión absoluta de las regiones asiáticas, de la riquísima y como inagotable fuente de comercio, por

ellos con prolijo afán perseguida hasta encontrarla, y de la cual se consideraban candorosamente dueños exclusivos y eternos usufructuarios.

Pero no fué sólo costeano el África y la América por donde muchos y atrevidos competidores pugnaron por sobre-

ponerse á los españoles: desde el momento en que Colón, navegando hácia el Catay, la grande isla de Cipango, arribó al mar de las Antillas y tropezó con la barrera que á la prosecución del viaje oponía el continente americano, emplazado entre los otros continentes de muy antiguo conocidos, se pensó y se procuró con empeño trasladarse desde las riberas occidentales de Europa á los mares del Asia, tomando rumbo hácia el N., por de pronto, para inclinarse después al O. y esquivar el nuevo continente, ó hácia el E., como quien intenta por las regiones septentrionales de la misma Europa recaer en los mares del Japón y de la China.

*
**

Los viajes de los Cabot, Cortereal, etc., verificados á fines del siglo XV y primer tercio del XVI, obedecían al primer pensamiento y propósito; y al segundo, como ahora se verá, los poco más tarde preparados por ingleses y holandeses, y ejecutados con fortuna varia, pero con grandísimo provecho para la Geografía y conocimiento minucioso de la tierra.

A sostener la esperanza en la posibilidad de penetrar en el Pacífico, navegando por el N. O. del Atlántico, no sólo contribuyó con sus viajes primeros Sebastián Cabot, sino con su autoridad indiscutible en asuntos marítimos, mucho más tarde.

Descontento de España, á cuyo servicio pasó después de haber navegado por cuenta de Inglaterra, volvióse á Inglaterra por los años de 1548, y nombrado por Eduardo VI piloto mayor del reino, constituyóse en inspirador y alma de los viajes de exploración al N., N. O., ó N. E., que patrocinados por el gobierno inglés y costeados por una *compañía de*

mercaderes londoneses, y organizada con el propósito de beneficiarlos, comenzaron á verificarse entonces, se continuaron con entusiasmo inquebrantable durante más de un siglo, y no han cesado por completo de proyectarse y emprenderse.

Procedentes de Inglaterra, Hugo de Willoughby y Roberto Chancelor, con tres naves, toman rumbo hácia los mares de la India por el N. E. de Europa. Willoughby, con gran parte de la tripulación, perece miserablemente en la costa oriental de la Laponia durante el invierno de 1554. Pero Chancelor desembarca en las riberas septentrionales de Rusia, penetra hasta Moscow y entabla las primeras relaciones diplomáticas y mercantiles entre aquel nascente imperio y su patria.—La India se quedó muy léjos todavía.

*
**

En 1556, Estéban Burrow, compañero de Chancelor en la expedición anterior, vuelve á tentar la prueba de penetrar hasta el Oriente del Asia, costeadando con un pequeño barco los mares del N. de Europa. Pero tampoco consigue pasar de la isla de *Wangatz*, la *Nueva Zembla* y país de los Samoyedos.

En 1576, 77 y 78, ya que por el N. E. del Atlántico se encuentra cerrado el paso que debía conducir á las aguas del Japón, resuélvese buscarle por el N. O. Y Martín Frobisher, hábil marino, protegido por la reina Isabel de Inglaterra, emprende tres expediciones consecutivas á la región meridional de la Groelandia y tierra desolada, que la misma reina denominó *Meta Incógnita*, donde penetra la bahía del nombre de aquel navegante por los 63° de latitud, sin conseguir tampoco resultado alguno satisfactorio.

En 1585, 86 y 87, la constancia británica no flaquea ni sucumbe con los primeros descalabros que en la realización de cualquier atrevida y grandiosa empresa pueda experimentar, y con el mismo objeto que Frobisher, fué despachado desde Inglaterra hácia el N. E. de América el intrépido y famoso marino John Dávis, tres años consecutivos.

En el primer viaje ascendió por el *Estrecho* de su nombre y costa occidental de la Groenlandia hasta los 67° de latitud. En el segundo, furiosamente maltratado por los temporales, exploró la otra costa de su estrecho. Y en el tercero se remontó hasta los 72° de latitud, sin encontrar por ninguna parte el paso ó canal hasta el Pacífico, con tanto anhelo investigado.

Davis acompañó á Canvendish en su segundo frustrado y desastroso viaje al estrecho de Magallanes, pasó después al servicio de Holanda y cruzó multitud de veces los mares de la India.

*
**

En 1594 á 97, los holandeses Cornelisón y Barentz intentan abrirse paso hácia los mares del Asia, por el mismo derrotero y con suerte no mucho mejor que Willoughby y Burrow.

En el primer viaje, Cornelisón rebasó la isla de Waigatz; y como la costa se inclinase luego hácia el S. E., creyó con sólo esto haber ya descubierto lo que buscaba.

Y Barentz, costeando la Nueva Zembla, se elevó por el N. hasta los 77° de latitud. Con lo cual, apremiados por la proximidad del invierno, retrocedieron ambos navegantes á su patria. Con mejor equipaje, pero en estación ya poco á propósito para el caso, volvió de nuevo Barentz á navegar otro año por los mismos mares; pero los hielos le cerraron el

paso antes de llegar á las regiones ya exploradas en el anterior.

Y en el tercero, después de elevarse hasta los 80° de latitud y de visitar el archipiélago de *Sptzberg*, inclinóse Barentz hacia el S. E. en busca de la vía misteriosa que debía desembocar en las aguas del Japón; pero los vientos se desencadenaron furiosamente en contra suya, y á fines de Agosto de 1596 aprisionáronle ya los hielos en la costa desamparada de la Nueva Zembla, donde invernaó con 17 compañeros de infortunio, aguantando horribles privaciones, y entre otras la falta de la luz bienhechora y calor vivificante del sol durante más de 80 días consecutivos.

El deshielo sobrevino al fin, y á mediados de Junio de 1597 recobraron aquellos infelices la libertad perdida y comenzaron á navegar de regreso para su patria.

Pero enfermo y extenuado de fatiga, el animoso Barentz falleció á los pocos días con desconsuelo grande de cuantos con él habían compartido tamañas aventuras.

*
**

1606.—El antiguo entusiasmo de los escandinavos por las expediciones marítimas, durante siglos adormecido, comenzó á revivir en esta época. Y James Hall, inglés al servicio de Dinamarca, y John Knight, por cuenta de una Compañía ó Asociación de mercaderes moscovitas, se dirigieron por separado hácia la Groelandia, con el mismo propósito ambos de penetrar por el N. E. de la América hasta donde humanamente fuese factible.

La suerte de los dos navegantes no pudo ser más lastimosa. Knight, arrojado por una tempestad hácia la costa del Labrador, naufragó y desapareció. Y po-

cos años despues, Hall falleció á consecuencia de una herida que recibió en el reconocimiento de aquellas tierras inhospitalarias.

*
**

1607.—Puesto que ni por el N. E. ni por el N. O. se consigue avanzar hasta los mares del Asia, la *Compañía de mercaderes londoneses* decide que Enrique Hudson, hombre de ciencia y experiencia vea si por el N. se puede llegar al codiciado término de tantos infructuosos viajes, por las otras dos vías ensayadas.

Con una pobre barca, tripulada por diez marineros y un muchacho, Hudson tuvo el increíble arrojo de adelantarse hasta Spitzberg, y de rebasar el paralelo de 92° de latitud.

Pero contra los témpanos de hielo que por todas partes la asediaban y acometían, la triste nave no podía luchar, y desde allí fuéle preciso á su bravo é inteligente patrón retroceder hácia Inglaterra, de donde había salido el 1.º de mayo y adonde volvió el 15 de Setiembre.

*
**

En 1608, con otro barco mejor que el primero, y tripulación hasta 14 hombres, emprende Hudson una nueva expedición por el derrotero seguido por Barentz y con el mismo estéril resultado. Los mares del N. E. de Europa permanecían siempre impenetrables.

Al año siguiente, 1609, vuelve Hudson á navegar por el N. E. y N. O. del Atlántico, con rumbo inseguro y como al azar, y desciende por el O., finalmente, hasta la desembocadura del río de su nombre, donde ahora se asienta la gran ciudad de Nueva-York.

1610.—A la cuarta tentativa, verificada con mejores elementos materiales que las anteriores, para abrirse paso por el N. E. de la América, consigue Hudson penetrar por el *estrecho* de su nombre, un poco al S. de la *bahía de Frobisher*, en el anchuroso golfo ó *bahía* de su nombre tambien.

Pero los temporales fueron esta vez tan duros y la escasez de provisiones tanta, que la tripulación, seducida y capitaneada por el miserable Green, protegido de Hudson, y en quien éste tenía ilimitada confianza, se revolvió contra su jefe, y cometió la maldad horrenda de abandonarle en aquellos parajes desolados con su hijo y otras ocho personas enfermas y desvalidas. Todos perecieron.

*
**

En los primeros años del siglo XVII, y miéntras los ingleses empleaban su energía en abrirse paso por el N. E. de América, con rumbo hácia el Pacífico, otros marinos procedentes de diversas naciones, volvieron á explorar los lugares visitados por Barentz, con objeto de ver si, á pesar de los rigores del clima, podían en algun concepto utilizarse como estaciones mercantiles, particularmente la isla del *Oso* ó *Therry* descubierta por aquel navegante, y poco más tarde, en 1603, por Bennet.

Comisionado por una *Compañía moscovita*, Jonas Poole continuó este año las mismas arriesgadas y penosas investigaciones, se elevó hasta los 78° de latitud y confirmó con la suya la atrevida opinión de otros marinos, sus predecesores en aquellas aguas, de que la temperatura del Océano no decrece conforme disminuye la distancia al Polo, sino que, por el contrario, en torno de este punto, durante seis meses consecutivos caldeado por el sol, podría existir, tal vez, un mar

libre ó deshelado y susceptible de ser hendidó por las naves.

En 1611-13, el mismo Poole, el capitán ballenero Juan Mayen, el célebre Willam Baffin y multitud de otros aventureros ingleses, holandeses y vascos, se dedicaban con afán y valentía inquebrantables por los peligros y sufrimientos á la pesca de la ballena en los mares desconocidos del Norte, y exploran, y en cierto modo colonizan ó pueblan las costas y senos de Spitzberg, donde en casos ex-

tremos de apuros buscan miserable refugio y se consideran muy afortunados de encontrarle.

*
**

1612.—En compañía de Pricket y Bylot, secuaces del traidor Green, Tomás Button, hábil marino, comisionado por la mencionada *Asociación de mercaderes de Londres*, se dirige á la bahía de Hudson donde penetra sin dificultad, y cuya ribe-



EL TENIENTE PALANDÉR

ra occidental explora con gran cuidado. Y despues de invernar en aquellos lugares hacia el *Puerto de Nélon*, centro más tarde de las operaciones mercantiles de la *Compañía de Hudson*, alimentándose principalmente de la caza, por allí abundantísima, se eleva hasta los 65° de lati-

tud, y en el otoño de 1613 emprende la vuelta hacia Inglaterra.

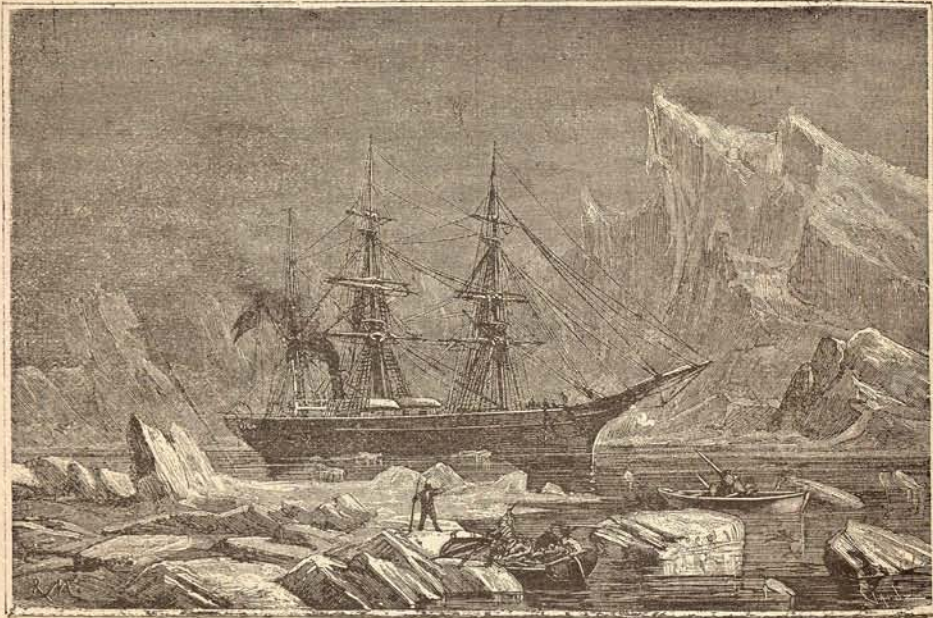
En 1615, sin desmayar todavía en la empresa siempre fallida del paso del Pacífico por el N. O. del Atlántico, Bylot y Baffin, con otros 14 hombres y dos muchachos, vuelven á intentarla con uno de

los barcos (*Discovery*), que Button había mandado en la expedición precedente.

Pero aunque Baffin, antiguo compañero de Hall, no era sólo un marino práctico y de temple á toda prueba, sino hombre teórico, de estudio y claro entendimiento, que conocía por principios el noble y difícil arte de la navegación, tuvieron que retroceder y desistir por esta vez de su intento, forzados á ello por la violencia de los temporales, y sin lograr

siquiera penetrar en el *estrecho de Hudson*.

1616.—Mas, en la primavera siguiente, vuelve solo Baffin á la carga con mayor coraje que nunca; emboca el estrecho de Dávis y le costea por el E. hasta los 70° de latitud, penetra en la *bahía* inmensa de su nombre y se adelanta más al N. todavía, hasta dar vista al *estrecho de Smith*, y al descender por el O., escudriña las que á él le parecieron simples *bahías* ó *ensenadas*, en vez de *estrechos*



EL VEGA ENTRE LOS HIELOS

ó canales de *Jones*, de *Lancaster* y de *Cumberland*, hasta donde el infranqueable muro de hielo que las defiende se lo permitía; y regresa, por fin, á su patria, á los cuatro meses y medio de correría, con la gloria de haber navegado por donde nadie le había precedido, y el descon-

suelo de no haber descubierto, sin embargo, la misteriosa vía que buscaba.

*
**

1619.—El mal éxito de las expediciones de Hall y Knight, por ellos patrocina-

nados, no retrajo á los dinamarqueses de preparar otra, cuyo mando confiaron á Juan Munck con destino á la *bahía de Hudson*, y en competencia honrosa con las verificadas por los ingleses.

Pero la suerte de Munck fué de las mas horribles que registra la historia de la navegacion por aquellos mares.

Sorprendido en la costa boreal de la bahía hacia los 63° de latitud por la llegada súbita del invierno, de hambre, de frio y de miseria, tuvo la desdicha de ver cómo perecía poco á poco la tripulación de los dos barcos que se le habían confiado, y sólo él, con tres marineros en deplorable estado de angustia y de quebranto y hasta de enajenacion ó desarreglo mental, logró casi no se concibe el modo, regresar en el estío siguiente de Dinamarca, donde secumbió á consecuencia de tan gran desastre.

*
* *

1631.—Desde que Baffin regresó de su segunda expedición, descorazonado por el mal éxito de sus atrevidas exploraciones, y sin esperanzas bastantes para emprender por los mares del N. una tercera expedición con igual objeto que la anterior, cedió algun tanto en Inglaterra el empeño tenaz de abrirse paso por las comarcas septentrionales de la América hacia las riberas lejanas del Japon.

En 1631, sin embargo, organizáronse dos nuevas expediciones á la bahía de Hudson, con aquel nunca abandonado propósito, simultáneas casi, una al mando de Lucas Fox, hombre muy arrojado y valeroso, costeadado por la *Compañía de Mercaderes de Londres*, y otra á las órdenes de Tomás James, animoso tambien, pero no de muy consumada pericia náutica, por cuenta de otra compañía rival de la primera de mercaderes de Bristol.

Fox penetró en la bahía de Hudson y se obstinó vanamente en hallar alguna salida por la ribera septentrional de aquel inmenso seno.

Y James se dirigió hácia la costa occidental primero y luego al Mediodía, donde le sorprendieron los hielos y tuvo que invernar, soportando grandes angustias y horribles penalidades en la *bahía*, cuyo nombre recuerda, como el *canal de Fox* por el N., la estancia de ambos marinos en aquellos solitarios parajes.—El mal resultado de estas dos expediciones entibió todavía más que las de Baffin el entusiasmo por los viajes y descubrimientos en aquella dirección y con el propósito tantas veces mencionado.

1669.—Este año se efectuó la fundación de la *Compañía de Hudson*, con el absoluto privilegio de las costas y tierras adyacentes á la bahía del mismo nombre y del comercio y explotación en cualquier sentido, de aquellas comarcas.

CAPITULO TERCERO

EXPEDICIÓN ACIAGA DE KNIGHT—EL MARINO BEHERING—SU GLORIA Y SU DESGRACIA
—MACKEAZIE VÁ POR TIERRA—EXPEDICIÓN DEL CAPITAN ROSS—PRIMER VIAJE
DE PARRY

DESDE *Puerto Nelson*, centro de las operaciones mercantiles de la Compañía, salieron más adelante diversas expediciones, con objeto de explorar minuciosamente la costa de la bahía y de ver si por algun punto se encontraba brecha practicable para escapar de aquel recinto y navegar por otros mares.

Una de las últimas y la más desgraciada de todas, fué la emprendida en 1719 por Knight, gobernador de la factoría y con rumbo hácia el N. y el propósito de buscar y beneficiar una famosa mina de cobre, de la cual se tenían adquiridas vagas noticias; lo que les sucedió á Knight y sus compañeros no se sabe: ó naufragaron todos, ó perecieron de frío y de miseria, pues ni siquiera uno regresó con el triste relato de sus desventuras.

1728.—A pesar de los progresos verificados con maravillosa rapidez por los rusos en la audaz empresa de explorar y conquistar la Siberia y de extenderse por el Oriente del Asia, en los veinticinco primeros años del siglo XVIII, ni se sabía á ciencia cierta donde este tan vasto continente terminaba, ni que distancia le separaba de América, ni aun si uno con otro empalmaban ambos continentes, en vez

de hallarse separados y bien definidos por las aguas del Océano.

*
**

A poner en claro este problema importante de la Geografía se encaminaron dos expediciones marítimas, organizadas por mandato expreso de Pedro *el Grande*, en los últimos días de su glorioso reinado; una que desde Arcángel debía tratar de costear por el N. con rumbo hácia el Oriente, toda la Siberia, y otra que, desde la península extrema de Kamtchatka, debía comenzar por remontarse á más altas latitudes y navegar despues con rumbo ó en sentido contrario de la primera.

La primera fracasó, como tantas otras análogas. Mejor resultado tuvo la segunda, confiada al capitan de la marina rusa Behering, oriundo de Dinamarca.

El 14 de Julio de 1728, despues de emplear tres años en los preparativos del viaje y construcción de las naves que debía gobernar, Behering, en compañía de Tshirikof, se dió á la vela desde el río de Kamtchatka, se elevó hasta la isla de *San Lorenzo*, y ceñido siempre á la costa del Asia y sin descubrir ó divisar por lo mismo la fronteriza de América, penetró por el *estrecho* de su nombre comprendido

entre ambos continentes, en el mar Glacial hasta el paralelo de $67^{\circ} 18'$ de latitud, de donde regresó al punto de partida, por no considerar necesarias más investigaciones para dar por resuelto el problema principal cuyo esclarecimiento se le había encomendado,

*
**

1741.—El descubrimiento de las costas septentrionales de la América, incidentalmente y de léjos verificado por Paulutsky y Krupishef, no satisfacía la noble ambición y natural curiosidad de los rusos, excitadas por el deseo de figurar dignamente en la historia de las grandes tentativas y empresas geográficas.

Por lo cual Behering y Tshirikof zarparon de nuevo desde el Kamtchatka, el 4 de Junio, con el propósito de descender por de pronto hasta el paralelo 50° de latitud y de navegar despues, con la proa puesta al Levante, hasta tropezar con las riberas del continente americano.

La borrasca separó muy en breve á los dos animosos exploradores, y cada cual operó por su cuenta en lo sucesivo

Behering arribó por los 60° de latitud hácia el cabo y monte de *San Elías*, en la América septentrional; y en costear la península de *Alaska* y reconocer al archipiélago de las *Aleoutés* invirtió los tres meses de aquel verano.

A fines de Setiembre, con la tripulación enferma de escorbuto y el barco averiado por los temporales, y quebrantado él asimismo de salud y de bríos, emprendió el viaje de retorno hácia Kamtchatka; pero el 5 de Noviembre, despues de sorportar los tripulantes grandes fatigas y penalidades cada día mayores, el barco encalló y quedó fuera de servicio en la pequeña y estéril isla que despues se llamó de *Behering*, situada al Oriente de la península mencionada, y en la cual los

náufragos se resignaron á pasar muy largo y miserable invierno.

Cerca de la mitad perecieron en el primer mes de estancia en tan desabrigados parajes, y el 8 de Diciembre sucumbió el desdichado Behering, de frío y de tristeza.

*
**

A principios de Mayo del año siguiente, el resto de la tripulación comenzó á improvisar otro barco con los despojos y maderas destrozadas del antiguo; y á fines de Agosto lograron escapar en tan miserable construcción y refugiarse en la bahía de San Pedro y San Pablo (*Petropawowska*), hasta 45 personas.

Tshirikof tocó en la costa de América por los $55^{\circ} 36'$ de latitud; y, despues de pasar tambien multitud de trabajos y grandes angustias, y de perder en el reconocimiento de aquella tierra inhospitalaria y salvaje buena parte de su tripulación, logró regresar á Kamtchatka en el mes de Octubre.

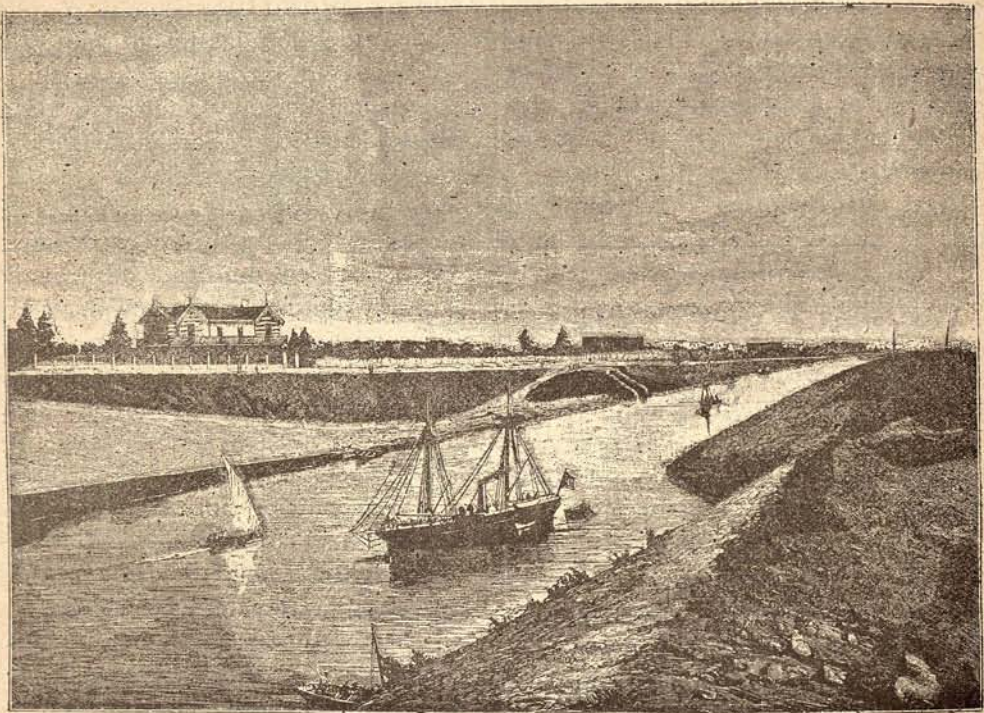
Y finalmente, Alejandro Mackeazie hizo una expedición por tierra en 1789, descubriendo el río que lleva su nombre, adelantándose mucho el Océano Ártico, apoyando la idea del Paso de N. O.

Como el siglo XVIII acabó con guerras espantosas de todas las naciones europeas, á causa de la revolución francesa; y, así empezó tambien el XIX á causa de la ambición napoleónica, el ansia generosa por los descubrimientos geográficos hubo de ceder. Pero luégo que se restableció la calma en Europa, con mayor entusiasmo y mejor concierto que nunca se volvió á pensar en la exploración de la amplia faz de la tierra: y no ya con el simple objeto de descubrir islas y continentes, ó mares no visitados todavía, sino con el más elevado propósito de estudiar la multitud de extraños fenómenos y de transformacio-

nes incesantes que en el interior de los continentes, en la superficie y fondo de los mares, en el seno de la atmósfera y hasta en la bóveda azul del firmamento ss verifican con caracteres distintos ó peculiares en las diversas estaciones, zonas y latitudes.

*
**

Del estudio de la *Geografía* meramente *descriptiva* se pasó al de la *Geografía física*, tanto mas importante, curioso y trascendente, cuanto mas se profundiza: al de la tierra, considerada como un *sér*, si no propiamente *vivo*, dotado por lo ménos de cierta vitalidad y como personalidad, (cual dice un eminente geólogo) y sometido como todos los séres de la naturaleza á continuas vicisitudes de aspec-



PREPARÁNDOSE

to y forma, ora dimanadas del ejercicio de las fuerzas que le son inherentes, ya de influencias externas, mucho más poderosas y eficaces todavía.

Enumerar la multitud de viajes, ya de circunavegación completa del globo terráqueo, ya de exploración minuciosa de ciertas comarcas y regiones marítimas

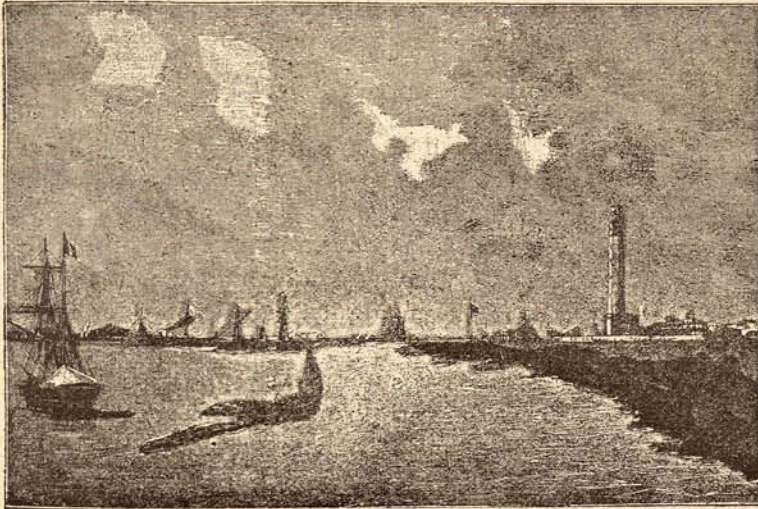
especiales, verificados con el doble fin aludido, durante el transcurso del siglo actual, sería muy larga y laboriosa tarea: como que el número de las expediciones navales en los últimos sesenta años, tal vez supera al de las correspondientes á los tres últimos siglos: siquiera no merezcan muchas recordarse, ni por la dificult-

tad vencida en su ejecución ó desempeño, ni por la importancia de los resultados obtenidos.

Las principales ó mas notables en ambos conceptos, son las emprendidas hacia los dos extremo ó *Polos* de la tierra, Ártico y Antártico, simultáneas casi, y de las cuales nos toca transcribir las emprendidas al Polo Ártico.

*
**

En 1815, y á expensas del noble ruso conde Romanzoff, el capitan Kotzebue fletó un pequeño barco y salió de Plymouth en el mes de Octubre: descendió por el Atlántico hasta doblar el cabo de Hornos; en sentido inverso hendió luégo las aguas del Pacífico; penetró en el mar Glacial por el estrecho de Behering, y ancló en el golfo ó bahía de su nombre, de donde no pudo pasar por estorbársele la dureza de los temporales que por



Á VISTA DEL PUERTO

allí experimentó y el quebranto de su salud.

Años despues, en 1823, volvió Kotzebue á navegar por el Pacífico y mares comprendidos entre el Asia y la América, por donde Behenring y Tshiricof habían transitado.

*
**

EXPEDICIÓN DEL CAPITAN ROSS.

1818.—El viaje primero de Kotzebue y los muchos mas atrevidos y reiterados del célebre capitan ballenero W. Scoresby á las regiones boreales, movieron al Gobierno inglés á disponer y despa-

char dos expediciones simultáneas á los mares de N. y N. O.: una capitaneada por David Buchan y John Franklin, y otra por John Ross y Edward Parry, marinos los cuatro de justa y ya bien cimentada nombradía.

Una de ellas debía pasar el estrecho de Dávis, torcer por la punta N. E. de la América y dirigirse hacia el Oeste con objeto de llegar al estrecho de Behering; la otra debía seguir la dirección N., atravesando los mares de Spitzberg, y si encontraba alguna abertura en el mar Polar, introducirse por ella para llegar también al estrecho de Behering.

*
**

Así, pues, dos buques mercantes, la *Isabela*, mandada por el capitán John Ross, y el *Alejandro*, por el teniente Parry, fueron destinados á buscar el paso del N. O.; y otros dos, la *Dorotea*, á las órdenes del capitán Buchan, y el *Trento*, á las órdenes de John Franklin, á descubrir el del N.

Reparados y fortalecidos estos barcos en cuanto el arte de la construcción pudo sugerir, y abastecidos con todo lo necesario para dos años, se hicieron á la vela en 18 de Abril de 1818, partiendo de Lóndres para sus respectivos destinos, con la mayor confianza de buen éxito y la esperanza de ganar el premio que para este caso había prometido el Parlamento.

Tan halagüeñas esperanzas no debían realizarse: el capitán Buchan sufrió en la latitud de 80° 30' un huracán que le arrojó en medio de los hielos, en donde la *Dorotea* tuvo tan grandes averías, que la fué imposible continuar su camino y aun navegar sola. El *Trento* volvió con ella á Inglaterra en el mes de Octubre.

*
**

El resultado de la expedición del capitán Ross y Parry, fué menos desastroso.

Entrando por el estrecho de Dávis, los hielos fueron haciéndose cada vez mas abundantes, y bien pronto se vieron obligados á aproximarse á las costas orientales: la navegación llegó á ser peligrosa y casi imposible, por hallarse rodeados los barcos de enormes bancos de hielo.

Pero la perseverancia y el valor de aquellos marineros superaron aquel obstáculo, llegando á la isla de Waigat el 17 de Junio, donde desembarcaron para hacer observaciones astronómicas.

Siguieron luego la dirección N., y cuando estuvieron en la latitud de 75° 54 les sorprendió ver sobre los hielos un grupo de esquimales.

Aquel encuentro era tanto mas asombroso, cuanto que ya habían pasado la única parte de la Groelandia que se suponía habitada. Acercáronse, no sin alguna dificultad, á aquellos salvajes, y les pudieron arrancar algunas noticias; era tal su ignorancia, que se conceptuaban los únicos habitantes de la tierra.

Este pueblo, que desconociendo la navegación podría juzgarse inferior á las demás tribus de esquimales respecto de las artes y del bienestar material, tenía, no obstante, la gran ventaja de conocer el hierro, con el que labraba cuchillos, sacándole segun indicaban, de una montaña, compuesta enteramente de tan precioso metal.

Exceden, al parecer, en fealdad á los demás esquimales; y el capitán les dió el nombre de *Hig-halanders árticos*.

*
**

«Es difícil, dice el capitán Ross, hallar indios más feos que estos; cubiertos las caras, manos y cuerpos con aceite y

polvo, parece que no se han lavado nunca desde que nacieron.»

Prosiguiendo su camino, los navegantes ingleses notaron con asombro varios peñascos cubiertos de una nieve encarnada, que cuando se derretía parecía á las heces del vino.

Cuando regresaron á Inglaterra la sometieron al análisis, y se vió que era el resultado de una vegetación de liquen que crece sobre la nieve.

Después de pasar el punto llamado por Baffin el Sund de Sir Tomás Smith, se dirigieron hácia el O. y luego hácia el S. Entonces se advirtió una gran variación; la navegación fué más libre, el mar se quedó más despejado, y el 30 de Agosto entraron en un canal de cerca de cincuenta millas de ancho, que al momento fué reconocido por el Sund de *Sir James Lancaster*.

Su vista excitó grande interés en los marinos ingleses.

Como sabían que Baffin, que le había dado aquel nombre, no había entrado en él, cada uno creyó que aquel debía ser el paso tan deseado: la profundidad del agua, una temperatura más suave y la falta absoluta de hielos, aumentaban sus esperanzas; mas apenas habían andado diez leguas, la *Isabela* mudó de dirección y salió á toda vela del canal: el capitán Ross vió distintamente dos cadenas de montañas que se extienden de Norte á Sur.

El objeto de la expedición se había frustrado. En efecto, los buques llegaron á Shetland el 30 de Octubre, después de una ausencia de seis meses, sin haber obtenido resultado alguno.

El disgusto fué general, y por todas partes repetían que la empresa había sido abandonada con una imprudente precipitación, cuando ofrecía las probabilidades más brillantes.

Cadenas de montañas, vistas desde

lójos, no parecieron una prueba suficiente de que terminase el canal, y acusaron de negligente al capitán Ross, por haber dejado escapar aquella ocasión de examinar la costa O. de la bahía de Baffin, y rectificar las cartas, tan defectuosas en cuanto á este punto.

El gobierno inglés participaba sin duda de esta opinión, y creyó no debía perderse la esperanza de entrar en los mares polares por la bahía de Baffin.

*
**

PRIMER VIAJE DEL CAPITÁN PARRY

Este oficial, que había acompañado al capitán Ross en clase de teniente, y que le había aconsejado en vano que pasase adelante, recibió el encargo de explorar nuevamente el canal de *Lancaster*, asegurarse de si realmente estaba cerrado, y en este caso someter al mismo examen los de Aldermán, Jones, Sir Tomás Smith y el estrecho de Cumberland; y si aquellas observaciones eran infructuosas, debía descubrir un paso por otro punto.

El *Hecla* y el *Griper* partieron de Inglaterra el 5 de Mayo de 1819, y avistaron el golfo de *Lancaster* el 1.º de Agosto.

«Es más fácil imaginar que describir, dice el capitán Parry, la ansiedad que oprimía nuestras almas, mientras una fuerte brisa nos impelía rápidamente hácia el Oeste.

»Toda la tarde, el gran mástil estuvo sitiado por oficiales y marineros. Un observador indiferente hubiera quizá podido divertirse con la ávida impaciencia con que exponían sus opiniones, muchas veces contradictorias; sin embargo, todos propendían á fortalecer nuestras más lisonjeras esperanzas.»

Avanzando siempre al O. á media noche, se encontraron más lejos que ninguno de los viajeros anteriores; ningun obstáculo se presentaba todavía; todos los indicios aparecían favorables; la mar tenía mucho fondo, su calor se parecía al del Océano, y se hallaban á gran distancia del estrecho de *Barrow*.

Cuando llegaron á la latitud $89^{\circ} 18'$, descubrieron enfrente de ellos una isleta, desde la cual arrancaba una barrera de hielos que se extendía hasta la costa N.; era, pues, imposible avanzar más al O.; más al S. se abría un ancho paso; entraron en él y le dieron el nombre de *Paso del Príncipe Regente*.

*
**

En aquel momento, la brújula, cuyos movimientos eran más lentos ya hacía algun tiempo, presentó el curioso fenómeno de una completa inmovilidad; privada la aguja de su potencia, seguía el impulso del buque.

Después de haber avanzado algunas leguas, fueron detenidos por los hielos y obligados á volver al estrecho de *Barrow*: allí encontraron con sorpresa que el obstáculo que los había precisado á variar de rumbo, había desaparecido; al punto volvieron á emprender su primer derrotero, y llegaron prontamente á una ancha abertura del N., que llamaron canal de *Wellington*, y allí no encontraron ni tierra ni hielo.

A cada momento parecia aumentarse la probabilidad de un paso por el O.; después de atravesar un estrecho desfiladero, formado por los hielos, vieron hácia el N. muchas islas, que sucesivamente recibieron los nombres de *Cornwallis*, *Batkurst* y *Byan-Martin*; el capitán Sabine y algunos oficiales desembarcaron en la punta oriental de la última; allí encontraron restos de habitaciones de esquima-

les y huellas recientes de renos y de perros; pero la llegada de las brumas y de los témpanos hizo la navegación en extremo penosa y con suma dificultad se pasó una especie de canal, donde las aguas se encontraban estrechadas por los hielos y las tierras.

*
**

En seguida descubrieron una isla bastante considerable, que llamaron de *Melville*, nombre del primer lord del almirantazgo.

El 4 de Setiembre atravesaron el grado 110 longitud Oeste en la latitud de $74^{\circ} 44'$ Norte, y de este modo obtuvieron las 5.000 libras esterlinas ofrecidas por el Parlamento inglés á los que llegasen á aquella latitud, es decir, 25.000 duros.

Entonces fué ya imposible pasar más adelante, y por primera vez echaron el áncora en un sitio que denominaron bahía *del Hecla* y *del Griper*.

Después de un exámen mas profundo de la isla de *Melville*, los intrépidos navegantes se afanaron por avanzar al O., y el 17 llegaron á la longitud de 113° .

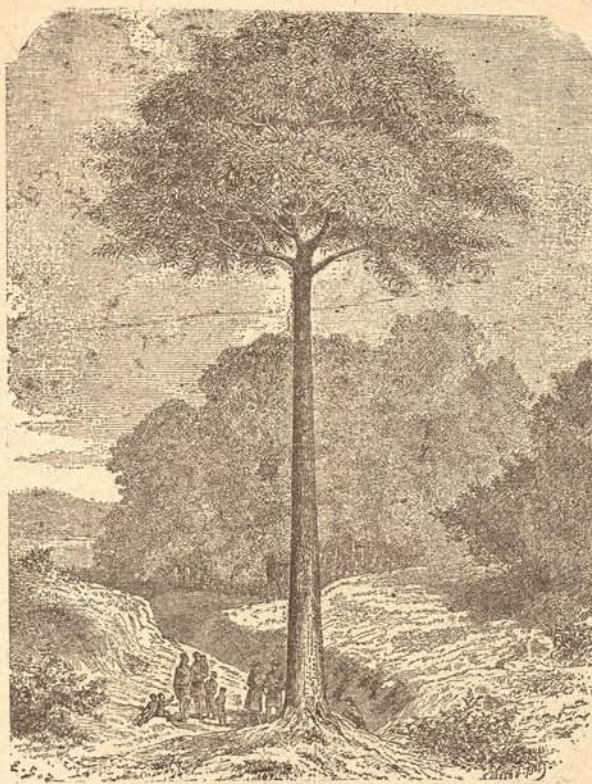
El punto más remoto á que llegó la expedición, fué á los $74^{\circ} 26'$ de latitud septentrional, $113^{\circ} 46'$ de longitud occidental, porque mas allá parecia que los hielos iban aumentando, y como en estas regiones hiperbóreas el mar sólo es navegable durante siete semanas, convenciése el capitán Parry de que era imposible pasar de la costa oriental á la occidental por el mar Baffin, viéndose obligados á hacer vela hacia el E.; y como avanzaba la estación, determinaron ir á pasar el invierno en la bahía que acababan de dejar, encontrándola ya cubierta de hielos, que durante dos días tuvieron que romper para abrirse paso.

El largo invierno que les amenazaba exigía precauciones multiplicadas para la conservación de los buques; fueron, pues, desarbolados, excepto la gran gavia del *Hecla*, envueltos en lana y rodeados de tablas; hicieron montones de hielo hasta una gran altura y se establecie-

ron en el interior de los buques estufas y hornos.

Una estremada economía, y una prudente previsión para la salud de los tripulantes, presidieron á la distribución de los víveres.

Se permitió á los marineros pasear por



EL ARBOL SAGRADO

la costa, y aun se hicieron grandes cacerías.

Esta especie de diversion no deja de tener riesgos en aquel destemplado clima: heláronseles á algunos los miembros, y fué indispensable hacerles la amputación.

Puede calcularse el rigor de aquel invierno con decir que el termómetro descendió á 55 grados bajo cero.

«Nos entretuvimos, refiere el capitán »Parry, en dejar helar el mercurio, exponiéndole á la acción del intenso frío, »y batirlo sobre un yunque arreglado á »la temperatura de la atmósfera. En este »estado parece poco maleable, y se rompe comunmente á los dos ó tres martillazos.»

El 24 de Febrero declaróse un incendio en el observatorio construido en la

costa, y acudieron todos á apagar las llamas con nieve, cuando señalaba el termómetro 44 grados bajo cero.

Los semblantes de los marineros, iluminados por el incendio, ofrecían un espectáculo extraño; á los cinco minutos de estar expuestos al aire, se helaban y se emblanquecían todas las narices y mejillas, de suerte que los médicos y ayudantes que los acompañaban tenían que asistir continuamente á los que apagaban el fuego, frotando con nieve las partes del cuerpo atacadas del frío, á fin de restablecer la circulación.

El criado del capitán Sabine, deseoso de salvar la aguja de inclinación del observatorio, salió sin guantes; pero quedaron al momento sus dedos tan congelados, que habiéndolos sumergido en una palangana de agua fría, cubrióse al instante la superficie de una ligera capa de hielo: tal era el frío intenso que había comunicado; pero esta vez no se le pudo restablecer la circulación, siendo necesaria la amputación.

*
* *

Los marinos ingleses procuraron combatir la influencia del triste aspecto de una naturaleza desolada, por medio de todas las distracciones compatibles con su posición.

Construyóse un teatro, y todas las semanas se publicaba un periódico á bordo, titulado: *Gaceta de la Georgia del Norte*, donde escribían sus crónicas de invierno.

Ocupados de este modo, pasó el tiempo con mas rapidez de lo que esperaban; en el día mas corto, ó mas bien, en mitad de aquella larga noche, podía leerse algo antes y despues del medio día, volviéndose hácia el Sur.

*
* *

El 15 de Enero tuvieron el magnífico espectáculo de una aurora boreal, y el 5 de febrero el primer rayo de sol dió en la punta de la gran gavia; cuatro días despues se elevó el astro en el horizonte: no le habían visto desde el 11 de Noviembre, y su presencia les consoló del rigor del frío, que entonces era excesivo.

El mes de Marzo fué mucho mas suave, y á principios de Abril, el termómetro estaba á cero, cosa que no había sucedido en ocho meses.

Sin embargo, hasta primeros de Agosto no pudieron avanzar los buques mas que el año interior.

Salieron del estrecho de Lancaster el 30 de Setiembre, y en los primeros días de Noviembre anclaron sanos y salvos en el Támesis.

CAPITULO TERCERO

DE PARRY A FRANKLIN.—DESASTRE.—ASESINATOS.—CASTIGO.

SEGUNDO VIAJE DEL CAPITAN PARRY.

S el resultado del primer viaje no había correspondido á las esperanzas, parecía al menos que se habían aumentado las probabilidades de un paso por el N. O., habiendo hecho importantes observaciones geográficas.

Se creyó que las numerosas islas que se encuentran en el camino seguido, contribuían á la acumulación de los hielos en aquel punto, y que tal vez los obstáculos no serían los mismos si se encontrase un paso siete ú ocho grados mas abajo que los de Lancaster y en la latitud de las costas N. de la América.

Era necesario primero reconocer las costas orientales de aquel continente, y procurar fijar bien el punto en que terminan por el N. Tal fué el objeto del segundo viaje.

Con los barcos el *Hecla* y el *Fury*, perfectamente acondicionados y abastecidos, vuelve Parry á darse á la vela el 8 de Mayo de 1821, y atravesando el Atlántico hácia la *bahía de Hudson*, y siendo su curso tan rápido cuanto pudieron permitirlo las dificultades de la navegación.

Apenas comenzaba el mes de Agosto, y aquellos buques tocaban ya en la extremidad E. del canal que se extiende entre la isla de *Southampton* y las tierras del N.

El capitán Parry creyó que era el mismo que denominaban estrecho Helado: los témpanos le cubrían enteramente.

Despues de madura reflexión se decidió á pasar por en medio de ellos, para evitar el dar en torno de la isla un rodeo de 200 leguas.

Su valor fué recompensado, porque á lo último del canal encontró una hermosa bahía, á que dió el nombre de duque de York.

*
**

Las aguas estaban entonces completamente libres, y los navegantes comenzaron las exploraciones, objeto de su viaje: desde el 22 de Agosto hasta fin de Setiembre se ocuparon en la penosa y cansada tarea de visitar cada hondura y cada golfo que presentaba la menor apariencia de un paso hácia el O.

El celo y la infatigable perseverancia de aquellos marinos superaron todas las dificultades, y fué examinada con minucioso cuidado una extensión de costas de mas de 200 leguas.

Apenas quedaba concluida aquella

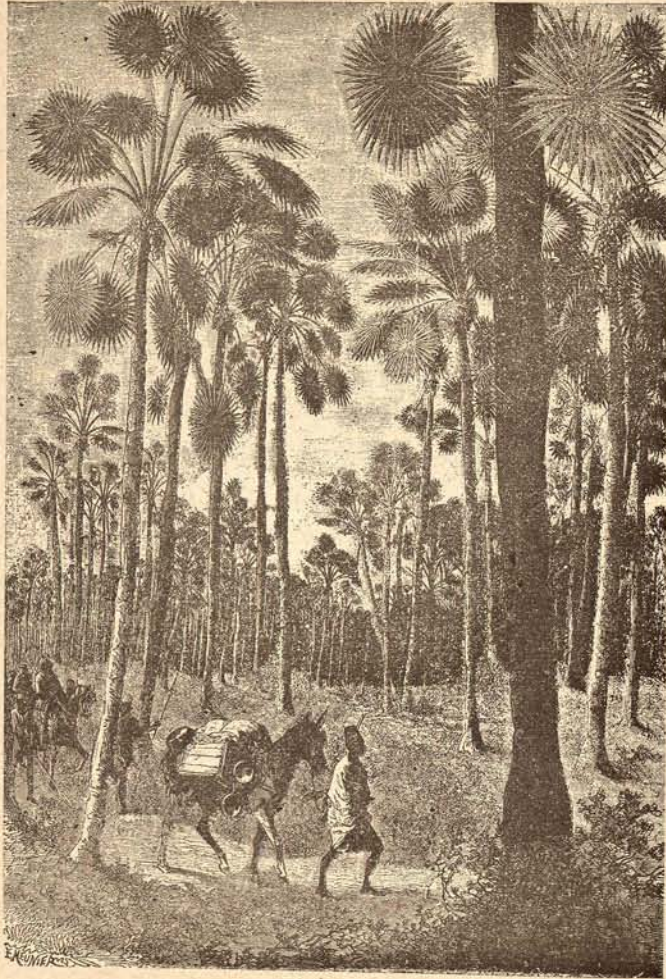
operación, la proximidad del invierno les obligó á buscar un retiro, en donde pudieron esperar con seguridad la vuelta de una estación mas suave.

Eligieron una isleta, que llamaron isla del Invierno, y se establecieron en ella del mismo modo que la primera vez, ha-

ciendo las mejoras que la experiencia les había enseñado.

Representaron comedias, hubo conciertos, y en cada buque se estableció una escuela: cuando volvieron á Inglaterra, todos los marineros sabían leer.

Pero lo que mas contribuyó á distraer-



SELVA DE PALMERAS

los fué la inesperada visita de algunos esquimales, habiéndose entablado bien pronto relaciones amistosas entre unos y otros. Los esquimales los condujeron á sus cabañas, ó mas bien covachas, y los ingleses quedaron agradablemente sor-

prendidos al encontrar una población construída con nieve.

*
**

«Recordando, dice el capitán Parry, que aquellas habitaciones estaban enfrente de nuestros buques, que muchas miradas espíaban sin cesar todo cuanto podía romper la uniforme monotonía de nuestra existencia, podrá formarse idea del asombro que me causó aquella reunión de cabañas, y la presencia de los setenta individuos, hombres, mujeres y niños que, rodeados de canoas, trineos y perros, parecían haberse establecido allí por todo el invierno.

La nieve y el hielo eran los únicos materiales empleados en la construcción de aquellas extrañas habitaciones.

Pedazos de forma oblonga, de seis á siete pulgadas de grueso y de cerca de dos piés de largo, estaban colocados de manera que formaban una pared circular.

Cada pedazo estaba ligeramente inclinado por la parte inferior para que los lados del edificio se fueren uniendo de modo que no dejasen mas que una pequeña abertura en la cúspide, en donde el témpano de en medio se hallaba colocado.

Lo interior no era menos notable: despues de haberse deslizado por dos pasadizos de diez piés de largo por cuatro ó cinco de alto, cuya entrada estaba abovedada, nuestros viajeros llegaron á una piececita redonda, por la cual se penetraba en tres habitaciones.

Las mujeres estaban sentadas sobre sus camas, con una lámpara á su lado y rodeadas de sus hijos y de los utensilios de cocina.

*
**

La estatura de los esquimales es por lo general inferior á la de los europeos. Tienen cara redonda y llena, los ojos pequeños y negros, la nariz tambien pequeña, hundida entre las mejillas, pero poco aplastada: sus manos y sus piés son de una pequeñez notable, sus piernas delgadas, y anchas las rodillas.

Su piel es suave y un poco atezada, y sus vestidos, cómodos y de abrigo, son de pieles de reno y becerros marinos.

Por lo comun, consiste en una especie de chupa larga y un pantalón; van tan bien tapados, que el frio no puede penetrarlos.»

Hasta el 2 de Julio no pudieron los buques emprender su marcha hácia el N. por el canal de Fox, con el proyecto de dar vuelta á la península denominada de *Melville*, que creían debía formar la punta N. E. de la América.

Despues de una navegacion arriesgada, llegaron á un canal, que se extendía hácia el O., que llamaron el *estrecho de la Furia y el Hecla*. Pensaban hallarse próximos á conseguir su objeto, cuando una masa enorme de hielo les cerró el paso; todos sus esfuerzos fueron inútiles, y tuvieron que volver á la entrada del canal y pasar un segundo invierno junto á la isla llamada *Igloodik*: allí fueron visitados por una orda de esquimales mas numerosa que la primera.

Algunas de sus casas estaban cubiertas de pieles y otras enteramente construidas con nieve.

La expedición llegó de regreso á Inglaterra el 10 de Octubre de 1823.

*
**

PRIMER VIAJE DEL CAPITAN FRANKLIN.

En la época del primer viaje del capitán Parry, se creyó que una expedición

por tierra podría proporcionar á la ciencia geográfica datos muy preciosos.

Lord Bathurst eligió al teniente Jhon Franklin, al cual se agregaron el doctor Richardson, sábio naturalista, y los jóvenes Hook y Back, oficiales del almirantazgo, y dos marineros.

Las órdenes que se les comunicaron, prevenían que siguiesen el mismo camino que Hearne en 1772.

Los viajeros salieron de Gravensend el 23 de Mayo de 1819 y llegaron á fines de Agosto á la factoría de York, depósito principal de la Compañía de la bahía de Hudson: allí les dieron los empleados cuantas instrucciones podían facilitar la empresa.

El 22 de Octubre estaban en Cumberland-House, despues de haber andado 690 millas.

Comenzaba ya el invierno, y el efecto de los primeros hielos probó que era necesario aguardar la primavera para volver á emprender la marcha: más aconsejaron al capitán que visitase el distrito de Atha-Busca, para proporcionarse los guías é intérpretes necesarios, y obtener algunos informes sobre las comarcas que se extienden á lo largo del gran lago *Slave* por la parte N.

Partió en efecto para el fuerte Bhepewyan, acompañado del jóven Back y del marinero Hephurn, dejando al doctor Richardson y á Hood en Cumberland; el otro marinero se volvió á Inglaterra, porque el mal estado de su salud no le permitía soportar las fatigas del viaje.

*
**

Los trineos que sirven para las excursiones de invierno son muy sencillos y ligeros: consisten en dos ó tres tablas delgadas; un poco combadas por delante y sujetas por unos travesaños colocados en

las orillas. Son estrechos y tienen ocho ó diez piés de largo.

Los más elegantes están pintados y forrados de cuero. Los que viajan á pié por medio de la nieve, llevan unos zapatos de una forma particular. Se componen de dos pedazos de madera, unidos por otras barras de lo mismo, en cuyos espacios transversales se cruzan unas correítas. Este calzado se fija al pié con otras correas, que dejan libre el talón, de modo que puede levantarse á cada paso.

Incomoda mucho cuando no se tiene la costumbre de usarle; pero disminuye el dolor poco á poco, y aun desaparece enteramente.

El capitán Franklin necesitó dos meses para llegar al fuerte Chepewyan, que dista 857 millas de Cumberland-House.

El país que recorrieron los viajeros es árido y está casi inhabitado: las noches las pasaban á campo raso.

Despues de desuncir los perros, barrían la nieve, tendían unas mantas en el suelo y encendían una gran lumbre, que servía para cocer la cena y preservarlos del frío durante la noche.

*
**

El Dr. Richardson y el señor Hood, fueron á reunírseles en la primavera, y partieron el 18 de Julio con una escolta de indios que debían guiarlos y mantenerlos con la caza.

Diez y seis viajeros canadienses se les unieron, y despues de doce días de marcha llegaron al fuerte de La Providencia, en donde les alcanzó M. Ventzel, empleado de la Compañía del Noroeste, que había ofrecido servirles de intérprete, porque había vivido mucho tiempo entre los pueblos que iban á visitar.

Creían poder llegar á la embocadura del río de Cobre ántes de la mala estación; pero diferentes obstáculos les retrasaron

de tal modo, que se encontraban aun á larga distancia cuando tuvieron que formar el establecimiento de invierno. Algunos oficiales fueron á visitar el nacimiento del río que estaba á unas 60 millas hácia el Norte.

Durante aquellos días de un descanso forzoso, su vida fué bastante monótona; unos se ocupaban en el estudio, y otros en buscar leña necesaria para el fuego.

*
* *

Hallábase ya casi enteramente agotada su provisión de víveres, y M. Back regresó al fuerte Chepewyan para activar la remesa de un nuevo convoy.

Volvió despues de una ausencia de cinco meses, durante la cual anduvo 1.104 millas con el calzado del país, y pasó todas las noches en los bosques.

El fuerte de La Empresa, comollamaban á su cuartel de invierno, fué visitado por un gran número de indios de las Minas de Cobre; parecían muy dóciles, y era tanta su simpleza, que habiéndose divertido M. Hood en copiar ó retratar á una jóven que gozaba en su tribu alguna reputación de hermosura, y que á la edad de diez y seis años llevaba ya dos maridos, su madre temió que el gran jefe de los igleses seducido por aquella pintura, enviase á buscar el original.

*
* *

Hasta el 14 de Julio de 1821, no pudieron volver á ponerse en camino: ya había pasado cerca de un año desde que habían salido del fuerte de La Providencia: no escaseaban las provisiones, porque la caza abunda en las fértiles llanuras que se extienden á lo largo del río de las Minas.

Rebaños de gamos y de bueyes van siempre seguidos de osos y lobos: estos últimos van tambien en manadas. La ex-

tremada finura de su instinto le hace evitar todos los lazos; pero ellos usan otros que producen buen efecto en un país donde las llanuras terminan con precipicios espantosos. «Mientras que los gamos, dice el Dr. Richardson, pastan sin desconfianza, se juntan los lobos, avanzan lentamente formando un semicírculo, y tienen cuidado de no hacer el menor ruido, hasta que tengan cortada la retirada por el lado de la llanura: entónces aceleran el paso, dando horrorosos hullidos: los tímidos animales huyen hácia los precipicios, y caen en ellos empujados unos por otros: de este modo vienen á ser presos de su enemigo, que parece haber previsto aquel resultado.»

*
* *

El doctor estuvo expuesto á ser víctima de la misma manobra. Un día que estaba sentado á la orilla de un abismo, oyó un ligero ruido, se volvió y vió nueve lobos blancos que avanzaban en semicírculo: su valor le salvó; en cuanto vieron que les salía al encuentro, le abrieron paso.

Nuestros viajeros vieron el mar por primera vez el 14 de Julio, y en cuanto llegaron á la embocadura del rio de Cobre, los dejaron los indios juntamente con Mr. Ventzel, que recibió órden del capitán Franklin para reunir en el fuerte La Empresa abundantes provisiones y dejar allí una carta que le indicase en qué dirección podría encontrar á los cazadores á su regreso.

El resto de la expedición se embarcó el 21 en el mar Polar, en dos lanchas, sin más víveres que para quince días.

Sin embargo, el capitán consiguió seguir la costa Norte de la América en una extensión de quinientas cincuenta millas al E. del río, y cuando la aproximación del invierno le obligó á retroceder, había

ya llegado á la latitud de $68^{\circ} 18'$, longitud O. $109^{\circ} 25'$.

Sus provisiones se concluyeron antes de llegar al río que lleva el nombre de Hood, y que desagua en el mar: los navegantes sabían ya por experiencia que sus orillas les ofrecerían pocos recursos, y que estos disminuirían á medida que avanzase la estación.

*
**

El capitán resolvió variar su primer proyecto y embarcarse en el río Hood para dirigirse por el camino recto al fuerte; más apenas hubo andado algunas leguas, cuando le detuvo una magnífica cascada, por encima de la cual el río no era ya navegable: fué, pues, necesario continuar la marcha á pié.

Las lanchas, que eran indispensables para atravesar los lagos, fueron conducidas á hombros, y se abandonó la parte de equipaje que no era de absoluta necesidad.

*
**

Era á fines de Agosto, y una abundante nevada vino á alarmar á los viajeros: aquel fué el primero de sus infortunios.

Privados de alimento y de fuego, estuvieron acostados dos días, y cuando pudieron volver á ponerse en camino, experimentaron todas las molestias de una marcha por medio de las nieves, en un clima riguroso, por un país estéril que apenas presentaba alguna zarza y sin más alimento que un poco de líquen.

Aquellas privaciones desanimaron tanto á los canadienses, que dejaron perder las dos lanchas que estaban encargados de llevar.

Por fin, el 26 de Setiembre, llegaron á las orillas del río de Cobre, pero no te-

nían medio de atravesarle, y en vano buscaron madera para construir otras lanchas.

La suerte de aquellos desgraciados parecía la más desesperada, cuando el Dr. Richardson se ofreció á pasar el río á nado, cuya anchura era de más de se-
tecientos piés.

Arrojóse, en efecto, al agua con una cuerda atada al cuerpo, precaución que no fué inútil, porque el frío se fué apoderando de todos sus miembros, y se desmayó cuando ya llegaba á la orilla opuesta. Los compañeros le sacaron casi exánime, le calentaron con una buena lumbré, y se restableció pronto, pero sufrió mucho tiempo del costado izquierdo, que había estado expuesto á un calor demasiado vivo.

*
**

Uno de los intérpretes, llamado Saint-Germain, emprendió hacer una canoa con pedazos de los hules que les servían para envolver las camas.

Mientras trabajaban, el líquen, que era su único alimento, fué haciéndose muy raro, y se vieron reducidos á extraer la médula de los huesos de un gamo, muerto ya hacía muchos meses.

La canoa quedó concluída el 4, y aunque no podía contener más que una persona, todos fueron pasando felizmente.

Los viajeros sólo se hallaban ya á cuarenta millas del fuerte, pero su debilidad no les permitía atravesar aquella distancia.

Mr. Hood especialmente estaba extenuado por los fuertes cólicos que le producía el líquen, alimento tan mal sano como agradable.

El Dr. Richardson andaba con mucho trabajo, y como era muy probable que los indios estuviesen cazando en las inmediaciones, fué enviado Mr. Back á bus-

carla con tres hombres, con la esperanza de que podría proporcionarles socorros.

*
**

Al día siguiente trataron de volver á ponerse en camino, pero á medida que avanzaban desfallecían los ménos vigorosos y aquellos cuyos estómagos no podían soportar el líquen.

El segundo día se comieron zapatos viejos y algunos pedazos de cuero para recobrar un poco de fuerza.

Sin embargo, dos hombres se quedaron atrás, y perecieron. El Doctor y Mr. Hood propusieron entónces detenerse en el primer sitio donde hubiese líquen y algunas zarzas, miéntras los demás se dirigían al fuerte.

Fué aprobado este plan, y se quedaron con Hephurn, que quiso asociarse á su suerte.

*
**

Aquella separación tuvo lugar el 7 de Octubre: el capitán Franklin continuó su camino con el resto de su gente, cuyo número era de ocho personas; pero pasados tres días, cuatro le dejaron y fueron á incorporarse con el Dr. Richardson: entre ellos había un iroqués, llamado Miguel.

El 11 por la noche llegaron al fuerte La Empresa; no habían comido nada en cinco días, excepto una vez que comieron líquen.

Es mas fácil imaginar que expresar el sentimiento que experimentarían cuando en vez de encontrar alimentos y socorros de toda especie, no vieron mas que una habitación desierta sin almacen de provisiones, y sin ningun vestigio de indios ni una palabra de Mr. Wentzel.

Algunas líneas de Mr. Back indicaban sólo que había llegado allí la ante-

víspera, y que había vuelto á marchar en busca de los indios por un lado en que los guías esperaban encontrarlos.

Cuatro días despues, un mensajero trajo la desagradable noticia de que su esperanza se había frustrado.

Cerca de tres semanas transcurrieron en aquella horrorosa situación: sus fuerzas disminuían gradualmente: cada día les costaba más trabajo el levantarse cuando estaban sentados, y muchas veces tenían que apoyarse unos en otros.

Los huesos y la piel de los gamos que habían muerto en el invierno anterior, formaba su único alimento: los huesos machacados y cocidos se convertían en una cosa á que daban el nombre de sopa: mas la aspereza de aquel manjar les puso tan mala boca, que se vieron obligados á renunciar á él y limitarse á las pieles, que despues de cocidas les parecían mas soportables.

*
**

El 29 por la noche, el Dr. Richardson y Hephurn llegaron solos al fuerte. Hood y Miguel ya no existían.

En los primeros momentos de reunión, se asustaron al verse tan demudados: no eran efectivamente mas que unos esqueletos.

El Doctor especialmente observó el tono sepulcral de su voz, y les rogó que si les era posible tomasen una inflexion ménos siniestra, sin notar que á su voz le sucedía lo mismo.

Aquel día Hephurn consiguió matar una perdiz, que al momento fué dividida en siete partes.

Era la primera vez que gustaban la carne despues de un mes.

«El doctor comenzó en seguida su triste narración: los dos primeros días de su soledad, pasaron en una carencia absoluta de todo: el tercero volvió á unírseles

Miguel, y les trajo una liebre y una perdiz.

Aquel hombre era uno de los cuatro que habían abandonado al capitán Franklin: los otros tres jamás se volvieron á ver.

Miguel se ausentó todo el día 11, y á su regreso contó que había seguido en vano á un gamo, pero que había encontrado un lobo muerto por una cornada de un ciervo, y que se traía un pedazo.

Al principio le creímos, dijo el doctor, mas despues hemos tenido fundados motivos para sospechar que era una parte del cuerpo de sus infortunados compañeros, probablemente asesinados por él.

Desde aquella época parecía alterarse su carácter; estaba sombrío y taciturno, se negaba á ir á caza, y nos amenazaba frecuentemente con dejarnos.

Hood se aproximaba á su fin: los dolores que le producían el líquen le privaba de aquel único medio de aplacar las angustias del hambre.

Abrumados con el peso de tantos padecimientos, nuestras facultades se iban extinguiendo; apénas conservábamos fuerzas para dirigirnos algunas palabras.

*
* *

Pero nuestra resignación fué inalterable; ni una queja se escapó de nuestros labios, y cumplimos siempre nuestros deberes religiosos con la mas escrupulosa exactitud.

Un choque inesperado vino á sacarnos de aquella especie de estupor.

Miguel debía marchar al fuerte con Hephurn, y le instaba á que le dejase cazar; contestaba que no sabía y que lo mejor que podían hacer era «comérsele.»

El 20, víspera, del día señalado para la marcha, se quedó Miguel junto al fuego con Hood, bajo el pretexto de limpiar su arma.

El Doctor se fué á buscar líquen y Hephurn leña: minutos despues oyeron la explosion de una arma de fuego, y al volver encontraron cadáver al pobre Hood: una bala le había levantado la tapa de los sesos.

No había prueba alguna de que hubiese atentado contra su existencia: un libro abierto á su lado, y que probablemente había ocupado sus últimos pensamientos, contenía meditaciones sobre la Biblia.

Vivamente interrogado Miguel, no dió ninguna explicación satisfactoria; más como era el mas vigoroso y el mejor armado, el Doctor no se atrevió á manifestar sus sospechas, confirmadas además por el empeño que ponía el iroqués en justificarse de un crimen que nadie le imputaba.

Hood fué sepultado al pié de un matorral, detrás de la tienda, y por la noche, además de las oraciones acostumbradas, se rezó el oficio de difuntos.

*
* *

Al otro día partieron los tres para el fuerte de La Empresa: una parte de la piel de búfalo el que había pertenecido á Mr. Hood, los sostuvo el primer día, y todavía quedó un poco para el segundo.

A medida que avanzaban, iba en aumento la insolencia de Miguel: era evidente que miraba á sus dos compañeros de infortunio como una presa de que le era fácil apoderarse, y que sólo aguardaba el momento en que ya no tuviese necesidad de guía.

Incomodados con su presencia, el Doctor y Hephurn conocían todo el horror de su posición sin poder comunicarse sus temores.

Por fin se separó para recoger líquen, y quedando solos los dos ingleses, convinieron en que únicamente podía salvarlos la muerte del asesino.

El doctor Richardson se encargó de esta terrible responsabilidad, y cuando volvió Miguel, un pistoletazo le tendió á sus piés.

*
* *

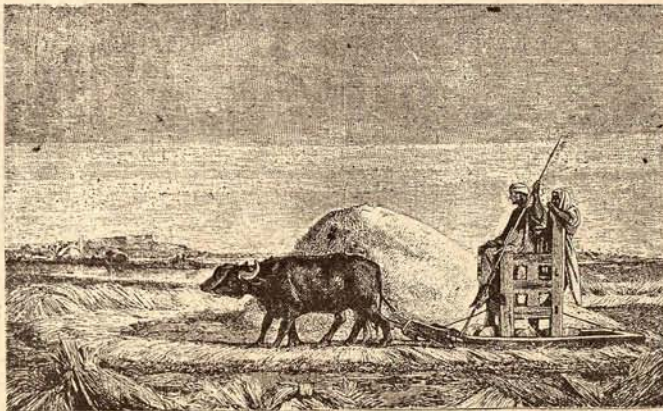
Seis dias despues llegaron al fuerte, pero no encontraron allí el término de sus desgracias.

La expedición no se componía más que de seis individuos, que al cabo de dos días quedaron reducidos á cuatro con la muerte de dos canadienses, y los sobrevivientes parecían llegar á su último momento.

Los socorros, por tan largo tiempo esperados, llegaron al fin, y el 7 de Noviembre, tres indios enviados por Mr. Back fueron á librarlos de una muerte cierta.

Despues del descanso que exigía su debilidad, fueron á pasar lo que restaba de invierno al fuerte de La Providencia, y en el mes de Octubre de 1822 pudieron al fin regresar á Inglaterra.

El resultado de la expedición se limitó al descubrimiento y exámen de una lengua de tierra de la costa Norte de América, en una extensión de seis grados y medio de longitud.



CAPITULO QUINTO

DEL TRIUNFO AL FRACASO —NUEVO Y MAYOR DESASTRE—ESFUERZOS HERÓICOS Y TENTATIVAS INÚTILES

SEGUNDO VIAJE DEL CAPITAN FRANKLIN

CUANDO á fines del 1823 el gobierno inglés resolvió enviar al capitán Parry á renovar las tentativas que dos veces se habían frustrado, el capitán Franklin propuso el plan de una expedición cooperadora por tierra, que se ofreció á conducir.

Su proposición fué aceptada; el Dr. Richardson solicitó y obtuvo el permiso de acompañar á su amigo; lo restante de la expedición se componía del teniente Back, su antiguo compañero, de los señores Krendall y Drumond, sábio botánico, y de cuatro marineros.

Sus instrucciones les prevenían pasar el invierno junto al gran lago Bear, y que en la primavera avansasen hasta el río Makensie, descubierto por el viajero de este nombre en 1789; cuando llegasen á su embocadura, debían dividirse en dos bandas; una seguiría las costas por el Oeste y la otra por el Este hasta el río de las Minas de Cobre.

Hiciéronse los preparativos en la factoría de Jork el verano de 1824; los oficia-

les salieron de Inglaterra el año siguiente, emprendieron el camino de Nueva-York al Canadá, atravesando el lago Huron, y se embarcaron en el río Methye, en unas lanchas que los estaban aguardando.

*
**

El 5 de Agosto llegaron al río del gran lago Bear, que saliendo del lago de este nombre va á desembocar en el río Makensie.

El capitán Franklin eligió este punto para sus cuarteles de invierno, y se construyó á la ligera una casa, que recibió el nombre del capitán.

Durante este tiempo hizo una excursión por el gran lago, para ver el mar Polar y adquirir noticias que podían serles útiles para el año siguiente.

Esta correría fué muy feliz, y se reunió con sus compañeros el 5 de Setiembre.

El invierno se pasó como de costumbre, y la primavera activó los preparativos de marcha.

Dejaron el fuerte Franklin el 28 de Junio, bajaron por el río Makensie, y el 4 de Julio se dividieron para seguir cada uno por su lado los dos canales que forma el río.

El capitán entró en el que se extiende hácia el Oeste, y el Dr. Richardson tomó la dirección opuesta.

*
**

El primero apenas llegó al mar, encontró un grupo numeroso de esquimales; la moderación de los marinos evitó una lucha cuyo resultado hubiera podido serles fatal.

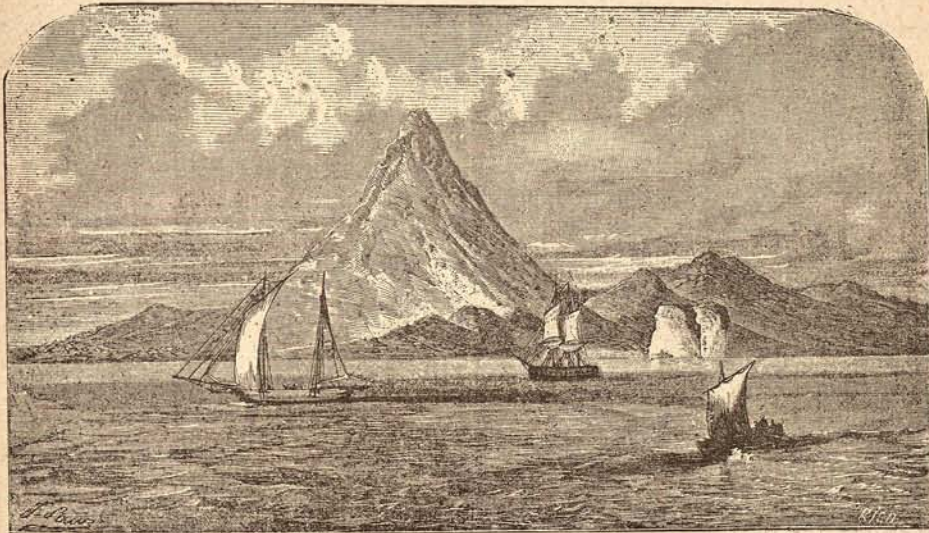
Libres de aquel peligro, continuaron

su camino, que el estado poco favorable de la atmósfera hacía muy lento.

Las tierras bajas y pantanosas que hay en aquellas costas parecen ser la patria de las brumas; algunas veces eran tan densas, que los objetos desaparecían á pocos pasos.

Sin embargo, el 16 de agosto los navegantes se encontraron á una distancia igual del río Makensie y del lago de Hielo.

La aproximación del invierno les obligó bien pronto á retroceder.



RÍO MAKENSIE

Desgraciadamente, el capitán Franklin no podía saber que la barca del navío que le esperaba en el estrecho de Behering, no estaba en aquel momento más que á 160 millas del sitio en que se encontraba; si hubiese tenido una seguridad, ningún peligro, ninguna dificultad hubiera podido, según sus mismas expresiones, impedirle el continuar su marcha.

El 21 de Setiembre estaba de regreso

en el fuerte en donde encontró á sus compañeros.

*
**

El Dr. Richardson no encontró ningún obstáculo en su navegación; desde el 4 de Julio al 8 de Agosto, recorrió 902 millas de costas que se extienden desde el río Makensie hasta el río de las Minas.

El otoño siguiente estaban de regreso en Inglaterra.

Esta segunda expedición ofrece resultados geográficos de gran importancia. El grado 64 de longitud á que habían llegado en el primer viaje, acababa de ser recorrido en una línea que excedía de 30 grados longitud.

Cuando en 1824 se emprendieron las expediciones de los capitanes Franklin y Parry, pareció imposible á los que las dirigían que ni una ni otra, aun en el caso de buen éxito, pudiesen llegar al estrecho de Behering, sin que se les concluyesen completamente las provisiones, y era seguro que el capitán Franklin se encontraría sin medios de regreso; para obviar este inconveniente, se decidió que la fragata *Blossom*, mandada por el capitán Beechey, fuese á esperar la llegada de los dos buques, y que pasara los veranos de 1826 y 1827 en la bahía de Kotzebue.

*
* *

El 29 de Mayo de 1825 salió de Inglaterra, y llegó al término de su viaje el 22 de Setiembre: la atmósfera estaba oscurecida por una espesa niebla; cuando se dissipó, el capitán descubrió con asombro una profunda hondonada en la costa N., que se había escapado á la observación de Kotzebue; la llamó Hotham.

Vientos contrarios impidieron durante dos días avanzar hácia la isla de Chamisso, que era el sitio señalado para punto de reunión.

Durante este tiempo, los naturales del país se acercaron á los costados del navío en sus *caidars*, que son una especie de barcas como las que dirigen las mujeres en la bahía de Hudson.

Están, dice el capitán Beechey, construidas con madera seca, forrada con pieles de focas, susceptibles de apretarse mucho.

Los barcos de los remeros están sujetos con correas sencillas, lo que hace aquellas barcas muy ligeras y fáciles de manejar.

Un extranjero no pone sin desconfianza el pié sobre aquellas pieles que el agua hace transparentes, pero se puede entrar en ellas sin temor; cuando tienen cuidado de engrasarlas bien durante mucho tiempo.

Cada una de aquellas barcas contenía de diez á trece individuos, que llevaban adornos en el lábio inferior, uso generalmente admitido por todos los habitantes de aquella parte de la América.

Estos pueblos tienen las facciones características de los esquimales; la cara ancha, gruesa y redonda; los huesos de las mejillas prominentes; ojos pequeños y redondos, las cejas como las de los chinos y la boca grande.

Se manifestaron buenos y hospitalarios, empleaban en sus cambios mucha probidad, y bajo este concepto no se asemejaban á otros pueblos de la misma familia que el capitán encontró más tarde.

*
* *

Hasta el 25 de Julio no llegó el capitán Beechey á la isla Chamisso, cinco días después del término convenido con el capitán Franklin.

No encontrándole allí, se adelantó, según sus instrucciones, hacia el mar Arctico, después de tomar precauciones para el caso de que el capitán llegase durante su ausencia.

A mediados de Agosto tocó en el cabo de Hielo, y tuvo fuertes tentaciones de pasarle; pero las órdenes no se lo permitían y se volvió al estrecho de Kotzebue.

Algunos hombres de la tripulación penetraron con la lancha hasta 126 millas más allá del cabo.

Durante la estancia que el capitán Bee-

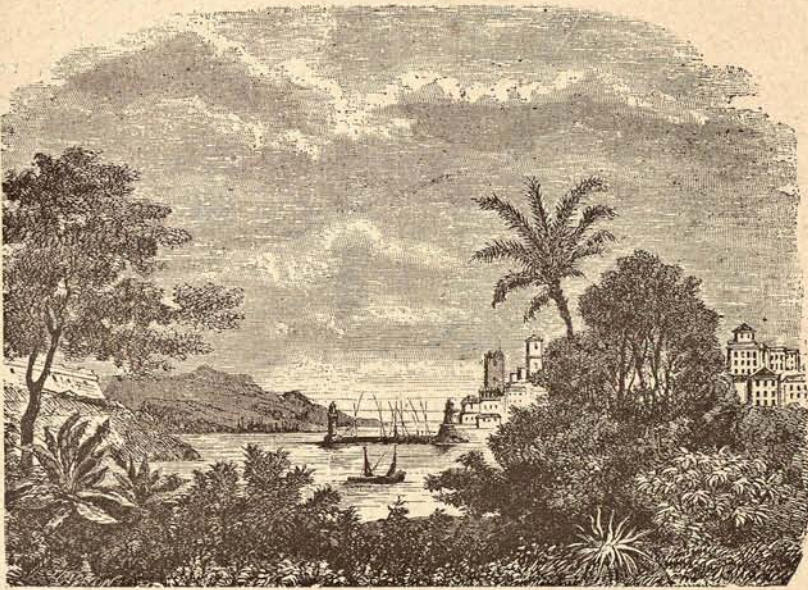
chey hizo en la isla de Chamisso, tuvo frecuentes ocasiones de observar los usos de los esquimales del Oeste, y encontró muchas cabañas abandonadas, con indicios inequívocos de haberlo sido recientemente.

El modo con que aquellos pueblos tributan los últimos honores á los que ya

no existen, le llamó sobre todo la atención. Colocan el cuerpo en una especie de féretro mal ajustado, y le ponen sobre una tabla que se eleva á la altura de dos piés.

Tienen cuidado de qué la cabeza esté vuelta hácia el lado de Poniente.

Una tienda, formada con ramas secas,



SAN FRANCISCO DE CALIFORNIA

le rodea como para preservarle de los animales silvestres, pero su voracidad suele derribar aquella débil barrera.

El *Blossom* dejó el Sud el 14 de Octubre, volvió á pasar el estrecho de Behering, hizo vela al Sur, y llegó al puerto de San Francisco, en California, el 8 de Noviembre, el capitan pensaba allí hacer provisiones, pero se vió obligado á ir á las islas de Sanwik y desde allí á Macao, en donde se proporcionó todo lo necesario.

El navío zarpó de Macao el 30 de Abril de 1827, visitó el gran Loo-Choo, y acudió al punto de reunion el 5 de Agosto. Los hielos le impidieron avanzar tanto hacia el Norte como la primera vez.

Volvió á Inglaterra el 8 de Setiembre de 1828, despues de una ausencia de tres años y medio: había recorrido setenta y cinco mil millas.

*
* *

TERCERO Y CUARTO VIAJES DEL CAPITAN
PARRY.—EXPEDICIÓN DE BACK Y RI-
CARDO KING

Con el mismo entusiasmo y singular arrojo, pero con mayor desgracia que en las expediciones anteriores, vuelve Parry á tentar fortuna otra vez de buscar el paso Noroeste por la bahía de Hudson.

Partió el 19 de Mayo de 1824 con los barcos *Hecla* y *Fury*, tripulados por un puñado de marinos curtidos por la intemperie, avezados á todo género de privaciones y fatigas, sostenidos por la fe que su comandante y guía les inspiraba.

Llegado al estrecho de *Lancastre*, penetró en el de *Barrow*, y, embocando luégo el del *Regente*, enfilado hacia el S., intentó descender hasta el golfo ó mar desconocido, en comunicación á su juicio, y era cierto, con el canal de *Fox* y bahía de Hudson por aquel infranqueable estrecho del *Hecla* y *Fury*, que en vano había tratado de rebasar en el viaje precedente.

Pero en cuanto abandonó el estrecho de Barrow, tropezó con tantos obstáculos y contrariedades, que el invierno le sorprendió á la entrada casi del otro canal ó estrecho mencionado, en *Port Bowen*, donde permaneció inactivo largos meses.

Y cuando en el de Julio de 1825 volvió á navegar hacia el S., desatóse en contra suya un furioso temporal, que desmanteló y estrelló en la costa occidental el barco *Fury*, por lo cual Parry se vió en la penosa precisión de recoger toda la gente en el *Hecla* y de volverse á su patria sin tardanza.

*
**

Desesperanzado Parry de abrirse paso por el N. E. de la América hasta las aguas del Pacífico, se propone, como Hudson en su primera tentativa, descubrir para ello más expedita vía, navegando por distinto rumbo, para lo cual ofreció al Almirantazgo avanzar hacia al polo por los mares del Spitzberg, atravesando la barrera de hielos que había detenido á las expediciones anteriores.

Su oferta fué aceptada: y en el mes de Abril de 1827, con el *Hecla*, dos botes aderezados para el objeto, resistentes y de poco peso, que podían arrastrarse y rodar fácilmente por encima de los mares congelados y varios trineos se encamina hacia el Spitzberg, resuelto á llegar hasta el polo boreal y á rebasarle, por mar ó por tierra, hendiendo las aguas, salvando islas y continentes que pudieran salirle al paso, ó trepando y atropellando por cima de los hielos.— ¡Admirable, pero ilusorio empeño!

Tras de lucha desatinada con los elementos y rigores de la naturaleza, en contra suya terriblemente concertados, sin remontarse siquiera hasta el paralelo 83° de latitud, blanco final de todos sus afanes, Parry y sus animosos compañeros, con la tristeza del héroe que sucumbe en generosa contienda, por falta de bríos y de resistencia corporal, nunca de espíritu y valor, se rindieron al fin y declararon vencidos; y en el mes de Agosto desistieron de la persecución de una de las mas arrogantes empresas que hasta entonces había nadie concebido ó pensado seriamente en realizar.

*
**

Quando Parry, desalentado por tantos descalabros, desistió de su tenaz propósito de navegar por los mares del N. y N. O. del Atlántico, su antiguo comandante John Ross, que durante varios años

debió contemplarle con envidia, se brindó á continuar él mismo tan peligroso sistema de peregrinaciones navales: á penetrar por el estrecho de Lancastre, (de donde en 1818 retrocedió como espantado), en los de Barrow y del Regente; y á seguir navegando por el S., S. O. y hasta donde la inclemencia del cielo y tierra se lo consintiera.

Ya hemos hablado de las acusaciones de negligencia de que había sido objeto este oficial: el honor de un marino no podía sufrir semejante sospecha.

Para desvanecerla, no titubeó en hacer el sacrificio de su fortuna y de su vida si era necesario.

El gobierno inglés desatendió sus ofertas y pretensiones; pero Mr. Félix Booth, hombre entusiasta, opulento y generoso, las acogió favorablemente, y le facilitó cuanto le fué menester para adquirir, abastecer y tripular el barco de vapor *Victory*, á bordo del cual tomó rumbo hacia la bahía de Baffin, á fines del mes de Mayo de 1829, en compañía de su sobrino James Clark Ros, jóven muy animoso é instruído que, á las órdenes de Parry, había ya surcado aquellas aguas.

*
* *

Por la vía que desde un principio se habían propuesto recorrer, tío y sobrino penetraron en el gran golfo de *Boothia*, comprendido entre la tierra del mismo nombre por occidente y la península de *Melville* é isla de *Cockburn* por la banda opuesta: donde en vano había pretendido Parry penetrar por el estrecho del *Hecla* y *Fury*, que le relaciona con el canal de *Fox* y bahía de *Hudson*.

Tres inviernos consecutivos, los de 1830, 31 y 32, pasaron allí los nuevos expedicionarios, enclavados en los hielos, contra la costa oriental de la Boot-

hia, y lugar que denominaron *Felix Harbour*.

Desesperados ya, y temerosos con sobrado fundamento de perecer con horrible muerte entre aquellos muros diamantinos, en la primavera de 1832 resolvieron abandonar la *Victory*, y en trineos y lanchas, á pié en todo caso, y como Dios les diera á entender, trasladarse al estrecho del Regente, y por el Barrow, salir al de Lancastre: desandar lo recorrido y ponerse en situación de recibir algún auxilio que de cualquier parte del mundo pudiera llegarles.

Lo que por de pronto consiguieron, desplegando para ello gran dosis de energía, cuanto el amor á la vida y el anhelo de escapar de entre los brazos de la muerte inspiran á los hombres, fué remontarse hasta el sitio funesto donde la *Fury* se estrelló siete años antes.

Y allí, utilizando los miserables despojos de aquel naufragio, pasaron el cuarto horroroso invierno de 1833.

*
* *

En Julio de este mismo año lograron, por fin, llegar hasta el estrecho de Lancaster, donde tuvieron la suerte de encontrar la fragata *Isabela*, despachada en pesquisa y auxilio suyo, y á bordo de la cual, en desastroso estado, lograron volver á Inglaterra, cuando ya se les creía irremisiblemente perdidos.

Durante el invierno de 1831, James Ross pasó por tierra desde la costa oriental á la occidental de la *Boothia*, península limitada de un lado por el golfo de su mismo nombre, y del otro por el canal que más tarde se denominó *estrecho de Franklin*; y, mediante gran número de observaciones adecuadas al objeto, fijó la situación del polo magnético boreal en la ribera de poniente y entrada del golfo que después se ha llamado

de *James Ross*, en memoria suya; muy aproximadamente á los 70° de latitud.

Antes que John y James Ross regresasen á Inglaterra, por excitación de Sir Jorge Cockburn, y cediendo á los impulsos de su alma generosa y bien templada el antiguo compañero de Franklin en sus expediciones á los rios de Coppermine y Makensie, el capitán Back, asociado ahora al Dr. Ricardo King, resuelve ir por tierra en auxilio de aquellos desventurados navegantes.

*
* *

Back salió de Liverpool el 17 de Febrero de 1833, con rumbo á *Montreal*, en el Canadá, y por los establecimientos de la Compañía de Hudson, asentados en las márgenes de los lagos *Winnipeg*, *Athabasca* y del *Esclavo*, con trabajo sumo y constante peligro de su vida, y de la vida de cuantos le acompañaban, llegó á las orillas del *Aylmer*, de donde se desprende el rio de su propio nombre (rio de Back), cuya corriente, dirigida desde allí hácia el N. E., debía conducirle ó arrastrarle á los mares que Ross había proyectado visitar.

Hasta el verano de 1834, Back y King, enterados ya de la suerte de los tripulantes de la *Victory*, no pudieron emprender la exploración de aquel rio desconocido, no menos importante que los otros dos citados, á su occidente, y que afluyen también á los mares del Norte; pero, en el mes de Julio, con otros diez hombres, se aventuraron ambos en una lancha, y descendieron por él hasta la desembocadura en el golfo que llamaron *Cockburn*, al S. de la *Boothia* y lugares por nadie todavía examinados.

Y después de invernar como en el año anterior á orillas del lago del *Esclavo*, en el verano de 1835 regresaron á Inglate-

rra ambos intrépidos y afortunados exploradores.

Entre el golfo de *Cockburn* y el de la *Coronación*, donde respectivamente desembocan los rios de *Back* y *Coppermine*, se extiende una buena línea de costa bañada por un mar de difícil navegación, que, durante los años 1837, 38 y 39, recorrieron sin embargo, é inspeccionaron cuidadosamente, por encargo y á expensas de la *Compañía de Hudson*, sus comisionados Dease y Simpson, y poco más tarde el infatigable John Rae, émulo digno de Franklin y de Richardson y Back.

*
* *

DESASTRE DEL CAPITAN FRANKLIN Y SUS COMPAÑEROS.—DIVERSAS EXPEDICIONES EN SU BUSCA.

Desde el estrecho de Behering hasta el de Davis, del Pacífico al Atlántico, faltaba sólo por reconocer, poco antes de 1840, la escasa porción de costa al O. del Makensie, no recorrido en 1820 por Elson y Franklin, cuando caminaban á encontrarse, y los canales de comunicación del estrecho ó golfo de James Ross, al occidente de *Boothia*, con el golfo ó mar de este nombre y estrecho del Re-gente.

El *aislamiento* de la América por las regiones septentrionales no admitía ya dudas por entonces, y la posibilidad de pasar por cima del agua, líquida ó congelada, de uno de aquellos dos grandes mares al otro, era también incuestionable.

Pero faltaba saber si entre los varios caminos que podían emprenderse á través del laberinto de islas y canales descubiertos por Ross y Parry, Franklin,

Richardson y Back, y Dease, Simpson y Rae, sus compañeros y continuadores, donde tan difícil es distinguir el agua de la tierra, las moles de basalto y de granito de las enormes acumulaciones de hielos, despedazados ahora, y luego aglutinados unos con otros en figura de extraños montes y de vastos continentes, que á lo mejor se funden y desploman, y vuelven á condensarse y á revestir distinto aspecto poco más tarde; faltaba, repetimos, averiguar si había algún camino practicable en realidad, siquiera fuese por muy breve tiempo, y en la estación para ello más propicia del año.

*
**

Para poner en claro este punto dudoso de la geografía de las regiones boreales, se le confiaron á John Franklin, que frisaba ya en los sesenta años de edad, y que de grumete había pasado, por premio de sus numerosos é importantísimos servicios, á la dignidad de almirante, los dos mismos barcos *Erebo* y *Terror*, cuyos nombres inmortalizara James Ross en su arriesgado y último viaje á los mares del Sur.

Con tripulación de 168 hombres, y víveres para más de tres años, Franklin se ausentó de Inglaterra el 26 de Mayo de 1845, con rumbo á la bahía de Baffin, por donde, con viento favorable y mar de bonanza, le vieron todavía navegar hácia el estrecho de Lancaster los pescadores balleneros que surcaban aquellas aguas durante el mes de Agosto.

Pero ni en el resto del año, ni en el transcurso de los dos siguientes, 1846 y 1847, se volvió á recibir noticia alguna de su dirección y paradero.

¿Cuál habría sido éste? ¿cuál la suerte de aquel considerable número de audaces expedicionarios?

Nadie lo sabía, y comenzaba ya á inspirar espanto la idea de saberlo.

*
**

Pasó el año 1848, de zozobra y mortal angustia para cuantos se interesaban por la suerte de Franklin y sus compañeros y en el buen éxito de su expedición, se interesaba todo el mundo civilizado, como habían transcurrido los dos anteriores, sin que el más leve rumor anunciase su próximo regreso; sin que brotase un rayo de luz y de esperanza, del caos de conjeturas en que las gentes se enredaban y perdían.

La impaciencia del público llegó á su colmo, y se reveló por una explosión irresistible de dolor universal, por un sentimiento unánime de lástima y conmiseración en pro del infortunado navegante y de sus tristes compañeros.

A toda costa se creyó preciso saber á qué atenerse sobre su imaginada, aunque no ilusoria desventura, ó persuadirse de que no admitía ya remedio, ó tratar de aliviarla, sin pérdida de momento, por cuantos medios estuviesen al alcance humano.

Tres expediciones simultáneas se concertaron con este objeto: una á las órdenes de James Ross, que debía dirigirse por el E. de la América, al través de los estrechos de Lancaster y de Barrow, en indagación del paradero de Franklin y de sus compañeros; otra por el O. y estrecho de Behering, á las de Kellet y Moore, y otra por el S. y riberas de los rios Coppermine y Makensie, á cargo de Richardson y de Rac, de Richardson, que había compartido con Franklin las penalidades y miserias indescriptibles de este género de exploraciones geográficas, y que otras cien veces había arriesgado gustoso su vida por secundarle en la rea-

lización de sus atrevidos planes y pensamientos.

Las tres se llevaron á cabo con grande entusiasmo y valentía, y ninguna de las tres contribuyó, sin embargo, al esclarecimiento de la tenebrosa tragedia, por todo el mundo presentida y lamentada.

El año de 1849 acabó, como los tres precedentes habían concluido, sin que por ningun punto del horizonte se rasgase el fúnebre y misterioso velo que envolvía los restos de la malhadada expedición de Franklin.

*
* *

Mas para la nación, imitadora feliz de la antigua Roma, que tiene por lema: «donde haya un inglés, allí está con él Inglaterra,» tamaña ignorancia constituía una gran vergüenza, de todo punto intolerable.

Con dos barcos de vela y dos vapores, tripulados por gran número de hombres inteligentes y decididos á intentar y acometer las mas arriesgadas empresas y hasta las proezas mas absurdas, el capitán Austin fué despachado en el verano de 1850 al estrecho de Barrow, para continuar las investigaciones, muy pocos meses antes abandonadas por los rigores del clima, y averías y enfermedades consiguientes á la estancia en aquellos parajes.

Y no lejos de donde Austin inverna, —en el cruce que el mismo estrecho de Barrow prolongado del E. al O., forma con el de Wellington, que se abre y prolonga hácia el N. y el del Regente, al S.,—invernaron tambien aquel año los tripulantes de la marina mercante Penny y Stewart, con dos excelentes barcos balleneros; el anciano John Ross, á bordo de su *yacht Félix*, aderezado y tripulado por cuenta de la *Compañía de Hudson*, y los capitanes anglo-americanos, Haven y

Griffin, con otras dos naves, por mandato expreso del Gobierno de su país.

Desde la pequeña isla de *Griffith*, al S. de la de *Cornwallis*, donde Austin había establecido el centro de operaciones, sus compañeros, los oficiales Ommaney, Osborne, Kabb, Aldrich, Mac Clintock, Breadfon, Mac Dungall y Allen, se dispersaron por el N., el O. y el S., recorrieron enormes distancias por cima de los hielos, en trineos tirados por fornidos perros, y empujados por hombres de acazada musculatura y pechos de bronce: é inspeccionaron aquella vasta región, cuyo centro ocupan el mar de Melville y el enredado archipiélago de Parry, engolfándose por todas partes, y sin que nada les arredrase en sus fatigosas pesquisas.

*
* *

Cuarenta días duraron estas varias y verdaderamente heróicas expediciones, no es posible saber si por mar ó por tierra; tan barajados y revueltos andan por allí ambos elementos componentes de la costra superficial de nuestro globo; y todo en vano.

Las afanosas miradas de los exploradores por ningun lado descubrían la hueLLa mas insignificante de lo que buscaban, y á su clamoreo desgarrador y cariñosos gritos de llamada y oferta de auxilio, el eco únicamente respondía.

Los capitanes Haven y Griffin, apasionados en sus barcos por los hielos, como en castigo de su generosa temeridad, y horriblemente zarandeados y sacudidos cuando la blandura sobrevino, corrieron un inminente peligro de sucumbir en aquella monstruosa contienda con los mares casi siempre entumecidos, y de pronto alborotados y furiosos.

John Ross tampoco fué más afortunado.

do en la empresa que sus compañeros de jornada.

Únicamente Penny descubrió en la isla de *Beechey*, á la entrada del estrecho de Welligtón, tres solitarias tumbas de marinos, pertenecientes sin duda á la tripulación de Franklin, y multitud de latas de víveres, allí abandonadas por el estado de corrupción y podredumbre en que debieron llegar de Inglaterra durante la primera invernada probable de la expedición de 1845 á 1846.

Fatigados todos aquellos arrogantes exploradores de las comarcas boreales, y despues de haber hecho por cumplir la santa obligación, que voluntariamente se habían impuesto, cuanto de la humana naturaleza podía esperarse ó exigirse, sin más resultado que el referido, en el otoño de 1851 desampararon todos el campo, huyendo de los furores de otro invierno.

*
**

Pero cuando presurosos se alejaban de aquellos mares, con mas desaliento del alma todavía que fatiga y quebranto del cuerpo, bogaba tranquilamente hácia la bahía de Baffin y estrechos de Lancaster, de Barrow y del Regente, el bergantín *Príncipe Alberto*, fletado por la desventurada é inconsolable viuda de Franklin, y gobernado por los intrépidos capitán Nennedy y teniente Belloc, jóven francés el último, de nobles aspiraciones y generosos arrebatos, que en otra expedición pereció, impulsado por ellos, con muerte desastrosa, muy lamentada.

Los nuevos exploradores penetraron por de pronto hasta la bahía de *Batty*, al occidente de la tierra denominada *North Sommerset*, y no lejos del sitio donde la *Fury* había naufragado y donde John Ross invernó con sus compañeros de infortunio, en 1833, despues de pasar los

tres años anteriores en el adjunto golfo de Boothia.

Y desde allí, sin aguardar al verano, que suele no llegar nunca, Kennedy y Belloc reconocieron en toda su extensión la tierra mencionada, que el *estrecho* ó angosto canal de *Belloc*, inadvertido por Ross, aisla de la misma Boothia; el brazo de mar, congelado por supuesto, al occidente de North Sommerset, y la región septentrional de la *Tierra Victoria*, que le limita del lado oriental, ya explorada ó recorrida por Ommaney y sus compañeros, de la expedición anterior de Austin.

Hácia el S., estrecho de James Ross, isla del Rey Guillermo y golfo de Corburn, tambien tendieron de lejos la mirada; pero aquellas aguas, erizadas de escollos, encrespadas por los vientos, ó heladas, como suelo desigual, que brotando á la vez por fuego subterráneo, y sembrado por do quier de ruinas, no debió parecerles que podían haber sido navegables nunca.

¿Cómo ni por dónde habrían penetrado el *Erebo* y el *Terror*? ¿Ni á qué buscar á los tripulantes donde ni vestigio se advertía del naufragio y destrozo de las embarcaciones?

Y, sin embargo, en aquellos mares, en la apariencia impenetrables, se habían aventurado Franklin y sus compañeros con el propósito, talvez, de arribar á las costas del septentrion de América, exploradas desde 1839 por Dease y Simpson, y poco despues por Rae, en demanda del golfo de la Coronación, muchos años antes descubierta por el mismo Franklin, y allí, arrecidos de frío, devorados por el hambre y tras sufrimientos atroces, que ni la imaginación acierta á concebir y representarse, habían perecido todos.

*
**

Lo estéril de la expedición de Austin, en cuanto al descubrimiento del paradero de Franklin, no fué motivo para que el Gobierno inglés desistiese de organizar otra, más numerosa y mejor equipada todavía, sino estímulo para que la despachase á los mares del Norte sin tardanza.

El decoro de la nación y el clamoreo incesante de la opinión pública así lo exigían con imperio.

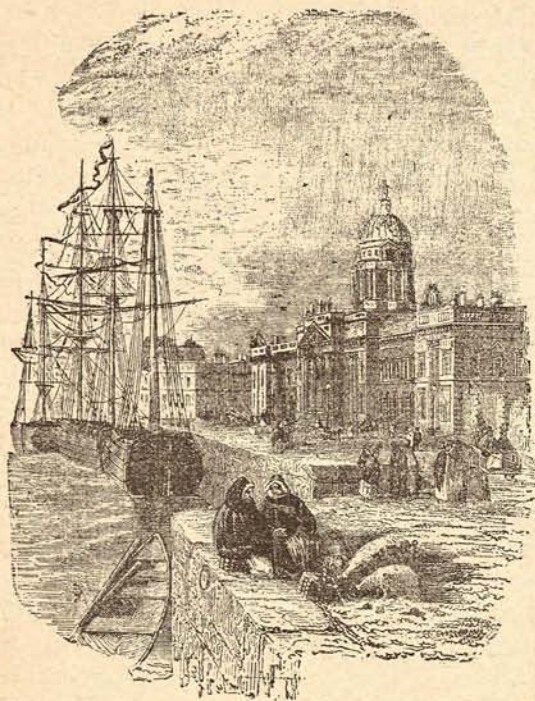
É Inglaterra no podía, por descalabro más ó menos, desentenderse de un compromiso de honra.

Belcher y Kellet fueron ahora los en-

cargados de navegar, en el verano de 1852, hácia el consabido estrecho de Barrow, con tres barcos de vela y dos vapores, convenientemente equipados, abastecidos y tripulados para el caso.

Y al capitán Inglefield, que debía reunirseles con otro vapor, se le ordenó reconocer por de pronto la bahía de Baffin y los diversos golfos y canales en comunicación con ella, por si quedaba á retaguardia algún vestigio olvidado del paso de Franklin por las mismas aguas.

*
**



EN EL PUERTO

Inglefield desempeñó su comisión, remontándose por el estrecho de Smith, hasta los $78^{\circ} 35'$ de latitud, de cuyo límite extremo, ó no rebasado anteriormente, tuvo que retroceder á Inglaterra para reponerse de las averías y destrozos de la campaña.

Y en la primavera siguiente, acompañado de Belloc, volvió á tomar la vuelta del estrecho de Lancaster, con la esperanza de encontrar por allí anclada todavía la escuadra que debía reforzar.—Pero cuando llegó, la escuadra ya se había di-

vidido y en cierta manera dispersado con el afán de las pesquisas.

Belcher, con las dos naves, *Assistance* y *Pionner*, se hallaba enfrascado en el estrecho de Wellington, por cuyas mal desligadas aguas logró con dificultad ascender hasta los 77° de latitud, sin columbrar por ningún lado vestigio de lo que buscaba, y sin poder tampoco desandar luego el camino recorrido.

Kellet, con otras dos, *Rosoluté* é *Intrepid*, había tomado rumbo hácia el O. y llegado á la bahía de *Winter Harbour*, en la isla de Melville, célebre paradero de Parry en su expedición de 1819, donde también le circuyeron y aprisionaron los hielos.

Y en la isla de Beeckey, á la expectativa de lo que pudiera suceder, permanecía inactiva únicamente la *North Star*.

Y lo que sucedió fué que ni Belcher ni Kellet lograron desasirse de los hielos durante el año de 1853, ni gran parte del 1854: por lo cual, con grandísimo dolor del alma y para evitar mayores males en el nuevo invierno, que á todo correr se les venía encima, ambos jefes resolvieron abandonar sus barcos, replégarse con la gente al *North Star*, y aprovechar el otoño para regresar á Inglaterra.

Lastimoso, pero inevitable fin de una de las expediciones geográficas mejor concebidas, y en la que jefes y soldados demostraron mayor abnegación y denuedo.

CAPITULO SEXTO

NUEVAS EXPLORACIONES—LO QUE PUEDE LA CONSTANCIA

DESCUBRIMIENTO DEL PASO DEL NOROESTE POR EL CAPITAN MAC-CLURE.

CONTINUANDO el relato de las expediciones en busca del capitán Franklin y del paso del Noroeste, llegamos por fin á la célebre expedición del capitán Mac-Clure, el cual consiguió descubrir el paso que tres siglos hacía se buscaba.

Esta expedición salió de Inglaterra en el mes de Enero del año 1850.

Después de haber doblado el cabo de Hornos y tocado de paso en las islas Sanwic, había llegado al estrecho de Behering.

Componíase de dos buques: *Enterprise* é *Investigator*. Sólo el último penetró por el mar de Behering, y su viaje es el que vamos á seguir. Mandaba este buque el capitán Mac-Clure, un héroe afortunado.

Sin embargo, hay que advertir desde luego que el paso del Norte no se ha verificado en realidad completamente, porque no se efectuó con buques.

Entre el extremo á que se llegó por el Oeste y el extremo tocado por el Este, queda un espacio invenciblemente obstruído por el hielo, que ha sido necesario atravesar á pié.

Allí hay también una especie de istmo de Panamá, formado de hielos, que no ha sido cortado todavía.

El capitán Mac-Clure había calculado su viaje con una resolución admirable. Había manifestado que avanzaría por el hielo tanto como pudiera, y que si se veía embarazado, procuraría ir á pié á la tierra de Melville.

*
**

Con motivo de esta atrevida empresa, otro buque, el *Herald*, fué por la otra parte del continente americano, es decir, por la bahía de Baffin y el estrecho de Lancaster, á buscar la tierra de Melville.

La predicción del comandante Mac-Clure se cumplió, y después de tres años de navegación casi fabulosa, el intrépido marino encontró en el hielo, en un punto del globo nunca pisado por los hombres, una partida de compatriotas que iban en su busca.

El viaje no ofrece cosa notable hasta el 8 de Agosto, en que el comandante envía muchos hombres de su tripulación á tierra para que dejaran aviso de su pasaje.

Allí encontraron tres indígenas, que al principio se mostraron tímidos, pero á los signos de amistad que se les hicieron, consistentes en levantar tres veces los

brazos sobre la cabeza, se acercaron á la canoa.

*
**

Los salvajes tienen también sus signos de amistad; su forma es frotar su nariz con la del extranjero con quien quieren fraternizar.

Esta operación, entre gentes tan groseras, no es agradable; pero á pesar de todo, ¡qué gran consuelo debe ser hallar en medio del desierto la faz humana, creada á la imagen de Dios!

*
**

Aquí se presenta en escena un hombre que hace gran papel: el intérprete M. Miertsching.

Le veremos prestando á la expedición servicios inapreciables; es un fraile moravo de las misiones del Labrador, uno de estos mensajeros de la Buena-Nueva que llevan la Biblia á las extremidades del globo.

Entra en conversación con los indígenas, y averigua que pertenecen á una tribu nómada, compuesta de diez tiendas.

Ellos habían visto el buque el día anterior, pero no comprendiendo como los grandes árboles, es decir, los mástiles, podían andar, se habían retirado dejando tres vigías.

*
**

Al buque lo llamaban «la isla flotante.» Muchos fueron á visitarlo, pero tenían pocos artículos que cambiar, porque sus cazadores estaban en campaña; si los ingleses quieren esperar, lograrán muchas pieles.

Pero el viento es bueno, el mar está libre, el capitán se despide de ellos y les

hace algunos regalillos. El intérprete les dice que los hombres blancos van á buscar hermanos perdidos, que si ellos los encuentran los traten humanamente.

Los esquimales le prometen que les darán carne de gamo en abundancia.

*
**

El *Investigador* continúa su camino, y llega el 11 á la isla de Jones, de donde vienen unos treinta indígenas á visitarlos.

Traen consigo peces y gamos y los cambian por un poco de tabaco.

Su sorpresa es grande viendo las velas, que llaman grandes pañuelos de narices; uno de ellos lleva un fusil inglés, con la marca inglesa de Barnett, 1840, regalo de los rusos, que hacían con ellos el comercio de pieles.

En el mismo día desembarcan los ingleses en una isla, donde hallan otra tribu.

Gracias á los signos telegráficos de los brazos, los salvajes se tranquilizan, y para probar su buena voluntad, se entregan cordialmente al restragamiento de narices.

*
**

«Aquellos, dice el comandante, estaban muy limpios, de suerte que la operación no fué tan desagradable como hubiera podido ser.»

El intérprete asegura que ven hombres blancos por la primera vez.

El capitán les pide que traten bien á los hombres blancos que aborden á su isla, y les regala un pabellón.

La magnificencia del presente parece que les admira; al pronto no se atreven á tocarlo; después, alentados por el intérprete, el jefe coje el pabellón y lo lle-

va en medio de los gritos de alegría de su tribu.

*
**

Al día siguiente vuelven los salvajes, trayendo consigo sus mujeres, que habían ocultado al principio.

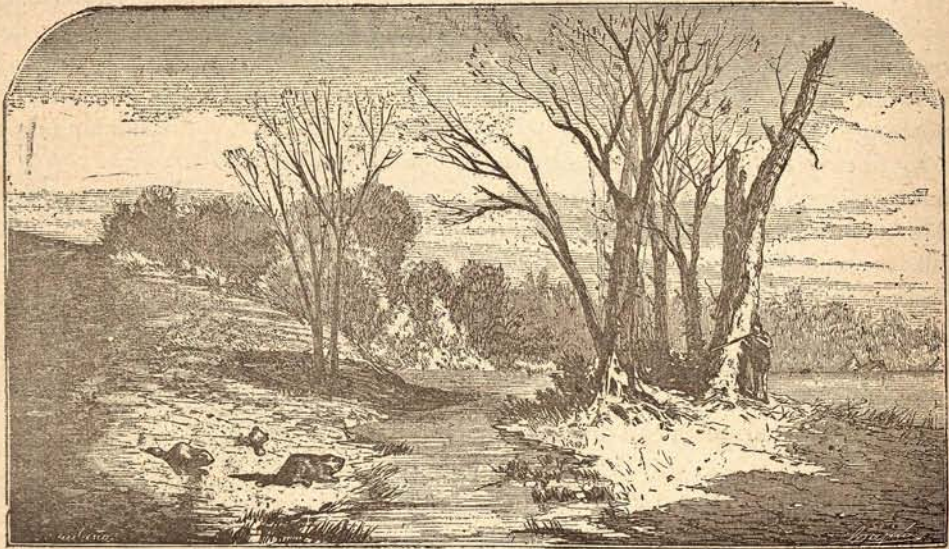
Venían provistos de pesca y caza, pero tan menuda, que era imposible tocarla.

Entran á bordo, y á pesar de la vigilancia de que son objeto, roban varias cosas con la mayor destreza.

Los que son sorprendidos en flagrante delito, son castigados con la privación de los regalos.

*
**

Algunos días despues, continuando su viaje, el comandante tropieza con otra tribu, que lo recibe con demostraciones muy poco pacíficas. Los salvajes están armados con arcos y cuchillos, y lanzan gritos terribles: por más que se levantan los brazos, ellos no se apaciguan.



EN ACECHO

Entonces el intérprete se viste con el traje completo de un jefe de esquimales, y va á parlamentar con los salvajes.

Se hacen tratos de paz y unos y otros se examinan.

Uno de los esquimales llevaba pendiente del cuello un botón de cobre; el jefe dice al intérprete que no hacen ya comercio con los blancos, porque éstos

habían dado á los indios un agua de fuego que los volvía locos.

Ninguna noticia dan acerca de Franklin; no conocen las fechas, y mezclan de tal suerte sus tradiciones con su propia historia, que no se sabe nunca si hablan de sí mismo ó de sus antepasados.

*
**

El comandante Mac-Clure cierra sus pliegos en este punto, á 30 de Agosto de 1850, porque espera poderlos enviar con indios á la compañía de la bahía de Hudson, de donde serán expedidos para Inglaterra.

Hasta allí han encontrado una temperatura bastante dulce; el termómetro Fahrenheit había escasamente bajado á los 32 grados (o del centígrado). Hasta allí ha estado tambien en parajes explorados por navegantes y marcados en los mapas.

*
* *

Podemos seguirlo desde el estrecho de Behering hasta el término á que ha llegado, por el cabo Lisburne, la punta Barrow ó cabo Norte, la isla de Jones y la bahía de Liverpool, es decir, las costas de la América rusa; las tierras en que han desembarcado están marcadas en las cartas bajo el nombre de «País de los grandes esquimales.»

Pronto nos faltará la geografía conocida, y entraremos con estos intrépidos exploradores en la región de los descubrimientos y de lo desconocido.

*
* *

En el cabo Bathurst, donde están actualmente, no han dejado todavía á los grandes esquimales.

El comandante, con el médico y el intérprete, saltan en tierra, y son recibidos muy bien por dos mujeres; el resto de la tribu ha ido á la pesca de la ballena.

Los ingleses encuentran un pueblecillo de unas treinta tiendas y una banda de 300 indios que los esperan en actitud defensiva, armados de arcos y cuchillos.

Los hombres blancos levantan los brazos sobre sus cabezas en signo de amistad, y los indios vuelven las flechas al car-

caj de piel; pero sin soltar su cuchillo dicen al intérprete: «Soltad vuestras carabinas, y nosotros dejaremos nuestros cuchillos.»

Y en muestra de paz, cambian sus armas unos con otros. El intérprete entra en una conversación animada con el jefe, le propone que lleve los pliegos de la expedición á Rio-Grande (el Mankesie), y le promete en recompensa un fusil y municiones.

*
* *

El jefe explica que no tiene comunicaciones directas con la Compañía de Hudson, sino con tribus intermediarias, de suerte «dice el comandante Mac-Clure, que nuestros pliegos tienen que pasar por tres tribus de salvajes antes de llegar á manos civilizadas.»

Sin embargo, el intérprete, por el conocimiento que tiene de estas tribus, cree que el jefe los llevará él mismo á su destino.

Los indios se maravillan de la facilidad con que el intérprete les habla, y querían que se quedara con ellos. El jefe le presenta su hija, una bonita india de 15 años, que le ofrece por mujer, con tiendas y provisiones.

*
* *

Durante estos cumplimientos, un centenar de indios de ambos sexos rodean á los europeos, atraídos por los regalos que comienza á distribuir el intérprete.

Trázase una línea de demarcación, que traspasan las indias, y los hombres blancos se ven obligados á volver á su chalupa.

Pero muchos salvajes tienen botes impermeables, y los ingleses no pueden resistir la invasión. Las mujeres, sobre to-

do, á quienes no se quiere tratar con aspereza, escalan el barco y se apoderan de cuanto ven.

Una coge la brújula, y cuesta mucho trabajo el recobrarla. En fin, satisfechos todos, los blancos vuelven á su buque escoltados por las canoas de los salvajes.

Uno de ellos, que iba á ahogarse, es

salvado por los ingleses, que le dan aguardiente para calentarlo. El bebe, y bebe hasta que le vienen las lágrimas á los ojos, y entonces pide agua. En suma, se separan unos y otros como buenos amigos.

*
**



UNA ALDEA

«Esta tribu, dice el comandante Mac-Clure, es una raza inteligente, robusta y bien formada y limpia. Es sensible, que no se hayan hecho mayores esfuerzos para civilizarla, y es de suponer que no está lejos el tiempo en que estas gentes serán sacadas de sus tinieblas de idolatría.»

Al día siguiente vuelven á bordo los indios, y dicen al intérprete que han pasado la noche preparando un festín para sus huéspedes con ballena, venado, y salmon, y convidan á los blancos á visitar su campamento.

Pero el mal tiempo impide esta visita, y las barquillas de las tribus vienen y

suben á bordo con hombres y mujeres.

Viendo sus canoas seguras, los salvajes se esparcen por el buque con ávida curiosidad; los espejos y pinturas de los camarotes de los oficiales atraen especialmente su atención.

Las mujeres se ponen á bailar con los marineros, y con dificultad se logra que vuelvan á tierra por la noche.

La tribu vive siempre en aquella triste costa; en el invierno va con trineos á llevar pieles á otra tribu vecina, que las

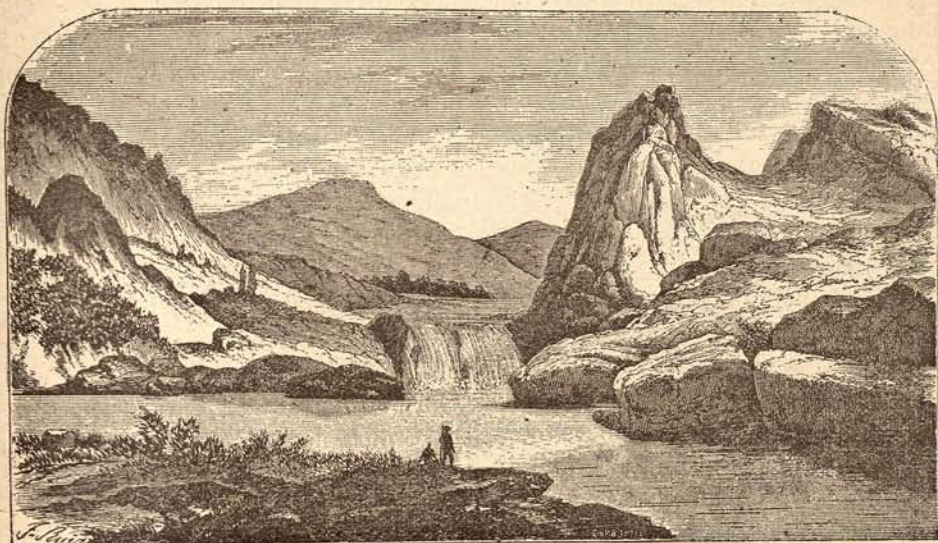
pasa á otra, y luego regresan á su rancho.

*
* *

El *Investigador* se despide por fin de los esquimales, y empieza un trayecto penoso á través de los hielos.

A partir del cabo de Parry, que se halla en las costas, se entra en una geografía inédita.

Hallando más delgado el hielo al Nor-



JUNTO Á LA BAHÍA DE HUDSON

te, el comandante toma esta dirección con la esperanza de tocar en la tierra de Bauks, descubierta en 1819 por sir Eduardo Parry.

Con mucha sorpresa descubre tierra firme, desembarca y toma posesion en nombre de la Gran Bretaña, dándole el nombre de Tierra de Baring, en honor del primer lord del Almirantazgo (ministro de Marina.)

Esta nueva región de la costa meridional de esta tierra de Bauks, cuya parte

septentrional está indicada en las cartas.

Encuéntanse allí musgos y plantas, gamos, liebres y gansos salvajes.

Este descubrimiento fué hecho el 6 de Setiembre de 1850.

Despues de haber tocado la tierra de Baring, el comandante continúa su viaje al E., y pronto descubre otra tierra nueva, que bautiza con el nombre de *Príncipe Alberto*.

Esta tierra es la continuación y la cos-

ta septentrional del país conocido ya bajo el nombre de *Wollaston* y de *Victoria*.

*
**

El *Investigador* está ya en un canal, con tierra á derecha é izquierda. Este canal lo llama el comandante estrecho del Príncipe de Galles, y su descubrimiento es una de las glorias de la expedición, porque es uno de los pasajes del Norte.

Con las exploraciones hechas en el hielo sólido, se ha visto que este canal comunica con el estrecho de Barrow, que á su vez comunica con el de Lancaster, y luego con el mar de Baffin, el estrecho Dávis, y por último, con nuestro Océano.

Pero hasta hoy el hielo inmutable obstruye este estrecho pasaje, y el desgraciado buque lucha en vano contra esta fuerza superior. Además, la estación está avanzada, el mes de Octubre rige.

Los hielos que se desprenden de la gran masa, empujados por vientos contrarios, avanzan hacia el buque como un muro flotante y lo hacen retroceder con vaivenes terribles.

Después de inútiles esfuerzos, perdiendo siempre terreno, el comandante se prepara á invernar.

Lo más prudente sería dirigirse por el canal al Sur, donde la navegación es todavía libre; pero ¿cómo resolverse á abandonar el terreno tan costosamente ganado, cuando se está quizá cerca del fin propuesto?

*
**

Resuelve, pues, pasar el invierno en el seno mismo de la conquista y enclava su buque en un enorme hielo que le sirve

de lecho y que no dejará en toda la estación.

Adhiérense á él con cables y cadenas, y flota en él mientras que marcha.

En este intervalo, el buque recibe fuertes sacudidas, y es impelido alguna vez hacia la costa, pero su armadura de hielo lo defiende.

Por medida de precaución, y para el caso en que fuese necesario abandonar al buque, el comandante hace subir al puente provisiones para un año, y distribuye á la tripulación botas y mantas.

Por si el buque cae sobre el hielo, se le prepara una cama para que caiga sin daño; esta operación consiste en inflar las hamacas, formando para el buque una especie de colchones.

«Hecho esto, dice el comandante, y apareciendo nuestro hielo sólidamente cimentado por 17 grados bajo cero, completamos nuestros preparativos domésticos para todo el invierno.»

¡El buque permanece allí nueve meses, inmóvil, fijo, sellado, por decirlo así, en el hielo!

En aquella cárcel entra en Octubre de 1850 para no salir hasta el mes de Julio de 1851.

*
**

Lo más admirable en estos atrevidos marinos no es la lucha y el valor con que arrostran los peligros; lo grande, lo bello, es la tranquila intrepidez con que entran en un sepulcro, echándose la losa para un año y otro porque pasado este invierno los veremos prisioneros por dos años en rocas de hielo, quién sabe si para siempre.

Acuartelados así, seguros de hallar su casa donde la dejan, nuestros viajeros salen á hacer excursiones.

El capitán, el teniente Nreswell, el médico Armstrong y el intérprete van

con algunos hombres á la tierra del Príncipe Alberto, plantan un mástil y toman posesión de ella en nombre de la reina.

Penetran en el interior, donde encuentran barrancas y grandes lagos, y cuando vuelven á la costa ven que el hielo se ha separado de la tierra cerca de cien varas.

Recorren muchas millas á lo largo de la costa, confiando poder embarcarse en un hielo, pero la noche los obliga á pararse. No se esfuerzan por llamar la atención de los que están á bordo; el buque, por otra parte, se hallaba lejos de ellos.

Vése por fin el fuego de sus fusiles, y vienen en su busca con canoas de goma.

*
* *

«Estas pequeñas y admirables canoas eran infladas á bordo, luégo transportadas fácilmente sobre la espalda de un hombre á través de los hielos que hubieran destrozado todo otro barco.

Ellas han servido para transportar una partida numerosa, que no tenía ni tiendas, ni mantas, ni provisiones, ni fuego, expuesta á pasar la noche con una temperatura de 18 grados bajo cero.»

No desalienta esta primera expedición al capitán Mac-Clure.

Era preciso descubrir á toda costa la salida del canal que debía llevarlo al estrecho de Barrow.

El 21 de Octubre se pone en camino con siete hombres en un trineo. Rómpe-se éste contra los hielos, y dos hombres vuelven al buque en busca de otro.

Entretanto, el capitán y sus compañeros arman sus tiendas en el hielo, y aguardan allí hasta el día siguiente en que les traen otro trineo.

Emprenden otra vez su viaje, y andan cuatro días sin ningún accidente. Por fin, el 26 de Octubre, plantan su tienda sobre

la costa de Barrow. ¡Ya han hallado el pasaje!

*
* *

Al día siguiente, el capitán sube con un hombre á una eminencia de 600 piés de altura; es la extremidad de la nueva tierra llamada Príncipe Alberto.

Desde allí abarcan un horizonte de 40 á 50 millas, pero sólo ven una llanura de hielo.

Por su parte, la tripulación erige un mástil á la entrada del canal, y deposita en un cilindro de cobre el aviso de su descubrimiento y de su permanencia.

Pero es menester regresar al buque. En la noche del 27 parten y no llegan hasta el 31, venciendo mil obstáculos.

Piérdense en la niebla á 10 y 15 grados de frío. Pero oigamos al capitán Mac-Clure referir con admirable sencillez las vicisitudes novelescas de su excursión.

Esta narración no se halla en los dos partes oficiales; es un extracto de una carta íntima escrita á su hermana:

*
* *

«No te contaré todo mi viaje, dice, sólo te diré que hemos logrado descubrir este pasaje del Noroeste, que buscaba la Europa cuatro siglos hace; y así hemos conquistado un laurel más para la corona de la vieja Inglaterra, y cumplido un suceso que será memorable en el reinado de nuestra querida Reina.

En primer lugar, hemos costeadado una gran isla, cuya extremidad septentrional es la tierra de Bauks, y que está separada por un canal del continente americano (porque yo no creo que sea una isla).

A esta tierra la he llamado del Príncipe Alberto: y por este canal hemos hecho el 26 de Octubre el importante descubrimiento del pasaje, porque sus aguas